FANTASÍA ALEMANA

PHILIPPE CLAUDEL

narrativa
salamandra

Philippe Claudel

FANTASÍA ALEMANA

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco

narrativa
salamandra

A Luigi Spagnol (1961-2020),
amigo y editor italiano

Hay, al otro lado del Rin,
un aire de melancolía y de drama.
Allí, hasta lo más cotidiano aparece
bajo una luz crepuscular
que el viajero puede hallar
encantadora o desasosegante.

PIERRE MAC ORLAN

Alemania tiene aliento de sima.

THOMAS BERNHARD

Ein Mann

No lo había despertado el frío, sino una sensación confusa, que aún duró un rato, mientras el sueño se desvanecía lentamente. El abrigo pesaba más, notaba su presión sobre la ropa de debajo y también en el pecho, como si fuera de plomo. Tardó en comprender que la prenda de lana gruesa se había ido empapando poco a poco y que ahora pesaba el doble y hacía que se sintiera aprisionado en ella y casi se ahogara. Entonces, a tientas, salió del sueño al que se había rendido, en realidad, una sensación de calor, de leve calor, más que un sueño concreto. Empezó a tiritar. Estaba empapado. Sus ojos se abrieron en la oscuridad. El corazón se le aceleró. La herida también despertaba. Le daba punzadas y supuraba de nuevo.

Ya llevaba dos días con sus noches bajo el árbol. Era un viejo abeto cuyas ramas bajas tocaban el suelo y se mezclaban con las raíces, que tenían forma de variz. Había tenido que apartar unas cuantas ramas para llegar hasta el áspero tronco y acurrucarse junto a él. En ese sitio había una concavidad ancha llena de agujas secas, que formaban un mullido colchón, en el que se había tendido cuan largo era. Las agujas estaban tibias. Emanaban un olor a resina y corteza. Y también a otoño. Un aroma dulce y apagado.

Se había dicho que mientras estuviera allí no podía pasarle nada malo. Eso había hecho que se olvidara del hambre. En un bolsillo le quedaban tres patatas. Las había encontrado unos días antes escarbando en un campo con los dedos, a cuatro patas, como un animal, y había preferido guardarlas para más adelante.

Bajo el abeto había dejado de mantenerse alerta por primera vez desde hacía mucho tiempo. En cuanto había conseguido deslizarse bajo sus ramas, había comprendido que era imposible que descubrieran su presencia. No lo verían ni aunque pasaran a dos metros de él. Se había dejado vencer por el sueño.

El bosque temblaba bajo la lluvia. Las ramas del abeto lo habían protegido al principio, pero luego las gotas habían empezado a

atravesarlas y a calar el abrigo, los dos jerséis que llevaba debajo, la camisa e incluso la camiseta y el calzoncillo. Levantó el cuello del abrigo todo lo que pudo, pero lo único que consiguió fue mojarse más el cuello y que le corrieran hilillos de agua espalda abajo.

Acercó las rodillas al estómago y mantuvo los ojos abiertos. A su alrededor todo estaba oscuro. La lluvia y la noche habían borrado el bosque, y ahora el frío de noviembre, que le lamía la cara, parecía aún más frío. El lecho de agujas se había cubierto de barro. En derredor flotaba un olor a fosa. Tiritó hasta las primeras luces y, cuando al fin se hizo de día, fue un día enfermizo y miserable.

Reptó fuera del agujero. Se puso de pie con dificultad y dio unos pasos vacilantes. Era como si necesitara aprender otra vez a andar. Poco a poco una luz lechosa hacía emerger los árboles de la oscuridad. A veces tenía la sensación de que avanzaban hacia él en la bruma, como gigantescas estatuas que rodaran sobre sus pedestales. En el cielo unos cuervos raspaban las panzas de las nubes. Intentó retorcer los faldones del abrigo para escurrirlo, pero no tenía fuerza en los dedos entumecidos. Se alejó del abeto como quien se separa de un amigo que se ha vuelto indiferente y no puede hacer nada más por uno. La lluvia había cesado. Le castañeteaban los dientes.

Pensando que así entraría en calor, se obligó a caminar deprisa. El abrigo le golpeaba las piernas y el agua le caía dentro de las botas, que no se quitaba desde hacía días por miedo a que se las robaran. Sin embargo, no se había cruzado con nadie en su huida. Tan sólo había visto, una semana antes, una columna de vehículos avanzando por un pequeño valle cubierto de helechos mientras él descansaba bajo una roca, a varios centenares de metros de ellos. No habría sabido decir a qué ejército pertenecían, seguramente al ruso. Luego había vuelto el silencio, y el viento había acabado disipando el olor a gasolina que llegaba hasta él.

La mayor parte del tiempo había dormido en bosques, en zanjas, en graneros abandonados, al pie de un murete de piedra. En las afueras de lo que habían sido ciudades, en las que ya no quedaba nada reconocible. A lo lejos los edificios de viviendas parecían muelas podridas. En sus enormes caries, los tramos de escalera ascendían en

el vacío. Todo humeaba un poco.

Los campos, también desiertos, tenían un aspecto menos inquietante. No habría sabido decir por qué. Sin embargo, todos los pueblos por los que pasaba estaban en ruinas; ninguno ofrecía signos de vida humana. Las carreteras que llevaban a ellos habían sido bombardeadas, machacadas metódicamente, transformadas en extraños ríos sujetos a una forma nueva de deshielo: los bloques de hielo habían sido sustituidos por miles de pedazos de macadam. Entre ellos, aquí y allí, se habían hundido los restos deformes de un autobús, de un camión, de un vehículo militar, de coches con sus ocupantes todavía dentro, convertidos en cadáveres hinchados e irreconocibles.

En uno de esos pueblos había encontrado el abrigo. Había entrado en una casa alcanzada por una bomba, que la había partido en dos como si fuera un tajón. Había registrado los armarios y los cajones de todos los muebles volcados. No quedaba nada. Había llegado allí después de muchos otros merodeadores, soldados, vagabundos, prófugos... Pero, bajo un colchón sucio al que le había dado la vuelta sin muchas esperanzas, estaba el abrigo. Con las mangas plegadas, como si acabaran de sacarlo de su caja. Un abrigo anticuado y demasiado grande para él. Se lo había puesto de inmediato y había dejado allí mismo la chaqueta acolchada de soldado, de la que hacía tiempo que había arrancado los galones y las insignias. También había destruido sus documentos de identidad, la cartilla militar, la placa de identificación y cualquier otro vestigio de su vida anterior. Incluso se había raspado con un cuchillo el tatuaje de su grupo sanguíneo que llevaba en la cara interior del brazo, cerca de la axila. Ésa era la herida que se negaba a cicatrizar. Un recordatorio constante de su pasado reciente.

Caminar hora tras hora, día tras día, lo ayudaba a olvidarse del tiempo y el hambre. Ya no era más que dos piernas que avanzaban, un cuerpo en movimiento coronado por una cabeza febril y sucia en la que unas cuantas ideas ansiosas daban vueltas como en una jaula.

Se adentraba en el bosque intentando seguir una línea recta, más para tener la sensación de que no se perdería que por mantener un rumbo concreto. Se decía que de ese modo acabaría saliendo de

aquella espesura interminable. No encontró ningún camino a excepción de los senderos de caza. Los abetales sucedían a los hayedos. Luego había monte bajo infestado de zarzas y otra vez abetos, lúgubres y apretados.

El día seguía siendo gris y, en el cielo bajo, había cuervos, negras bandadas, que veía de vez en cuando empujadas por el viento como nubes de ceniza. Mientras caminaba, intentaba calcular las horas y, de ese modo, los kilómetros. Ya debía de estar muy lejos del sitio del que había huido. Sin duda, a tres o cuatro semanas de marcha por aquella región de colinas, valles y bosques.

Cuando le pareció que había transcurrido la mitad del día, se detuvo en un claro. Entre el musgo manaba una fuente. Bebió largo rato. Luego se miró en el espejo del agua. Vio un rostro delgado. Una pelambrera que había crecido a la buena de Dios. Rasgos mal dibujados, sin edad. Una boca que soltaba vaho. Nada más. Se sentó en una piedra y se comió la mitad de una patata.

El tubérculo crudo tenía un gusto a harina, dulce y granuloso. Lo masticó hasta convertirlo en una papilla, que guardó en la boca largo rato. Nunca había comido nada tan triste ni disfrutado tanto comiéndoselo. Un disfrute amargo, que prolongó todo lo que pudo, que mantuvo su mente ocupada y le hizo olvidar su situación. Se quedó un rato más en la piedra, junto a la fuente, que murmuraba su melodía indiferente, con el sabor de la papilla de patata en la boca.

De pronto se acordó de los prisioneros, que cuando les arrojaban los restos de una comida o los desperdicios o las peladuras de la cocina del campamento eran capaces de matarse entre sí. A Viktor esto siempre le divertía. Se acercaba con el cubo, los llamaba como si fueran gallinas o cerdos y les lanzaba las sobras por encima de la alambrada. Se armaba una trifulca fenomenal, silenciosa pero más violenta que una pelea de perros, y siempre quedaban uno o dos fuera de combate. A veces Viktor introducía alguna variante en la diversión: los llamaba, esperaba a que se apretujaran contra la alambrada y dejaba caer los restos a sus pies, ante sus ojos, pero fuera del alcance de sus manos, que agitaban la alambrada. Viktor se reía aún más que de costumbre. Él se limitaba a presenciar el espectáculo. No pensaba

nada al respecto. Para complacer a Viktor, reía un poco.

Se estremeció. Se aclaró la garganta y escupió. Se levantó de golpe y reanudó la marcha. La ropa no se le había secado. Había acabado por acostumbrarse al peso y la humedad.

Al cabo de quizá una hora le pareció distinguir algo blanco a lo lejos, en el bosque. Aflojó el paso. Al principio pensó que era un espejismo causado por el cansancio. Siguió avanzando hacia la blancura con la ayuda del palo que había cogido poco antes y que lo hacía parecer un pastor sin rebaño. En algunos sitios el suelo de hojas podridas se hundía bajo sus pies.

Todo aquel blanco en el lindero del bosque era una extensa planicie en la que se estaba depositando la primera nieve, que, a la luz del incipiente crepúsculo, parecía fosforescente. Se detuvo ante los últimos árboles, resguardado aún por ellos. Dudaba en abandonar el bosque, por el que había caminado mucho tiempo y que lo había mantenido a cubierto de las miradas.

Frente a él, el horizonte de los campos ligeramente nevados se confundía con el cielo, que tenía la misma textura imprecisa y suelta. Aquellas largas superficies abiertas parecían representar la angustia de un país sin bordes, con un marco desarticulado. Al volverse hacia el bosque por última vez, le sorprendió sentir un poco de tristeza y pesar, pero, aun así, echó a andar por el campo.

Enseguida, tras recorrer sólo unos metros, su paso se ralentizó. La tierra, de un marrón casi negro, se le pegaba a las botas. El campo no se había labrado en mucho tiempo. Abandonado a su suerte, había recuperado la irregularidad. La fina capa de nieve formaba una piel que se derretía y empapaba los terrones de arcilla o se transformaba en regatos de agua sucia para formar charcos con aspecto de estanques en miniatura.

Cada paso le costaba un esfuerzo. El bastón improvisado ya no le servía de nada. A veces tenía la sensación de que el campo quería tragárselo, de que la tierra, inculta seguramente desde los primeros combates, sólo deseaba una cosa, engullir su cuerpo, extraerle todos los jugos, deglutirlo y nutrirse con él, para hacer pagar a los hombres, cuyo representante era él, el abandono en el que lo habían dejado.

Por más que oteaba el horizonte, no conseguía distinguir ningún camino. Echaba de menos el bosque, en el que al menos tenía la sensación de avanzar, porque cada árbol que alcanzaba y dejaba atrás jalonaba su marcha. No veía ninguna granja. Tampoco carreteras. Ni ríos o canales. Sólo grandes campos abandonados que se extendían de un extremo a otro del horizonte.

Un cansancio amargo se apoderó de él. No podía más. La herida lo martirizaba. Le dolían los pulmones. Cada respiración lo obligaba a buscar en lo más profundo de ellos el poco aire que contenían. Metro tras metro, se concentraba en tomar el mejor camino que hubiera en el dificultoso terreno. Y una vez más se sumió en el estupor que no lo había abandonado desde que todo se había venido abajo.

Había vivido los últimos años sin hacerse preguntas. Gracias al advenimiento del nuevo orden, había obtenido un estatus y un respeto que siempre le habían sido negados. En poco tiempo lo habían arrancado de su mediocridad, de la masa de los demás hombres. Le habían asignado un rango y una función. Lo habían mecanizado. Lo habían convertido en una herramienta eficaz. Le daban órdenes y él las ejecutaba. No había visto llegar el caos. La gran maquinaria se había descompuesto.

¿Era él culpable? ¿Culpable de haber obedecido? ¿O culpable de no haber desobedecido? Lo único que había hecho era seguir. ¿Era menos responsable en eso que los demás? ¿Menos que Viktor? En el campo escribía. Listas. Tenía que verificar nombres. Contar hombres y mujeres, niños, ancianos. A veces realizar interrogatorios. Tratar de averiguar si decían la verdad o mentían. Transcribir el texto de los interrogatorios. Confeccionar fichas. Juntarlas. Separarlas. Formar grupos y subgrupos. Convoyes. Preparar la partida. A veces acompañar al convoy hasta su destino. Cuando bajaban del camión, coger de la mano a los ancianos que tenían dificultades para caminar, y también a los niños, porque su plácido rostro, sus gestos, que nunca eran bruscos, y su voz suave los tranquilizaban.

Luego eran Viktor y sus compañeros quienes se encargaban de todo. Él se quedaba esperando. No veía nada. Volvía sobre sus pasos hasta el camión mucho antes de que Viktor empezara la faena. Se fumaba

un cigarrillo, a veces dos. Dormitaba. Oía los disparos, amortiguados por la cortina de árboles y los montículos de gravilla. En realidad no siempre los oía. Dependía de la dirección del viento, y también de lo atento que estuviera, porque el murmullo de las hojas de los álamos conseguía abstraerlo del lugar en el que se encontraba.

Era triste volver a pensar en todo eso, decirse que *todo eso* quizá no había sido más que una equivocación, que, poco a poco, por no saber decir que no, había acabado siendo incapaz de distinguir lo que se hacía de lo que no se hacía, lo que estaba bien de lo que estaba mal.

Ya no sentía el frío ni el barro. Avanzaba con su estupor. Tenía un poco la sensación de haber despertado después de una larga borrachera que había durado más de diez años. Se pasó la mano por la frente para borrar las imágenes y apartar aquellos pensamientos, demasiado grandes para su cerebro.

Al anochecer seguía caminando en medio de la nada. Una luz estrecha barría el horizonte en occidente. Ya no hacía viento. Grandes nubes bajas, ahora inmóviles, esparcían una nieve menuda que vacilaba en posarse en el suelo y se fundía en su frente y sus labios. Lamió los copos, que se transformaron en perlas de agua, diminutas y frescas. Pensó en las lágrimas que había visto en muchas caras. Y también en los gritos que las acompañaban.

En menos de media hora ya no se vería nada. ¿Dónde dormiría? Más le valía seguir caminando, aunque se durmiera de pie. Ya había avanzado así, en una especie de duermevela, asombrado de que el cuerpo pudiera convertirse en algo parecido a un autómata. Al menos andando no se moriría de frío, como los hombres harapientos que, cuando ante el avance del enemigo les ordenaron evacuar el campo, se detenían y se derrumbaban a lo largo de la columna. Los soldados ni siquiera se molestaban en empujarlos con el pie para que reanudaran la marcha, porque sabían que el hielo no tardaría en acabar con ellos. A veces, para matar el aburrimiento, Viktor le pegaba un tiro en la nuca a uno de ellos. Y seguían avanzando. Sin saber muy bien hacia dónde.

De pronto, cuando escudriñaba el horizonte por última vez antes de que la oscuridad se lo tragara todo, creyó distinguir a unos centenares

de metros una gran masa cúbica que destacaba en la palidez. Recuperó un poco de energía.

A medida que avanzaba, la forma se precisaba: enorme, sin ventanas y con el techo plano. No era un granero, sino más bien una construcción sólida, seguramente una torre de agua, un silo o algo por el estilo.

Cuando al fin llegó a sus proximidades, la noche se fundía con el pegajoso suelo. Ya no se veía a más de cinco metros. El edificio estaba delante de él, imponente. Dejaba escapar una especie de ronroneo y, de vez en cuando, también crepitaciones, y chispas. Un generador, o un transformador eléctrico, protegido por una alambrada doble, en la que algún artefacto había hecho un pequeño agujero. Se deslizó por la abertura y avanzó con precaución extendiendo las manos delante de él, porque ya no veía nada.

Cuando al fin sus dedos tocaron el muro, sintió una enorme alegría. Estaba caliente, como si detrás de él ardiera un fuego maravilloso. Pegó las dos palmas a su superficie y avanzó así, lateralmente, buscando una puerta. Se había olvidado del hambre y el cansancio, del miedo y el sufrimiento. Era un poco como si hubiera llegado al umbral de su casa natal tras un largo viaje. Iba a entrar. Había encontrado un refugio. Calor. Paz. Protección. Pensó en el rostro de su madre, y también en el de su padre, en su infancia, en la cena, en la sopa caliente y la estufa al rojo.

De pronto el muro dio paso a un vacío del que escapaba un hálito cálido. El ronroneo crecía. Sus manos buscaron en la oscuridad y se apoyaron en lo que debía de ser una puerta metálica, gruesa, apenas entreabierta. Intentó empujarla embistiéndola con el hombro repetidas veces, pero la puerta se resistía, y la herida del brazo le hacía daño. La alegría que sentía dio paso al pánico. Estar tan cerca del alivio y no poder disfrutarlo... Volvió a ver a los prisioneros mirando los desperdicios a los pies de Viktor, a Viktor riendo mientras se alejaba de ellos y las manos que intentaban pasar a través de la alambrada.

Se arrodilló y palpó el suelo en busca de una piedra, de algo que le permitiera forzar la puerta. Jadeaba, se cortaba las manos con trozos de cristal, cogía cosas que no sabía qué eran exactamente, hasta que,

de pronto, tocó algo que parecía un bastón, un tubo de metal pesado de unos dos metros, quizá. Casi lloró de alegría. Lo asió, volvió a tientas a la abertura, introdujo el tubo en el hueco e hizo palanca en el muro con todas sus fuerzas. El milagro se produjo. Con un largo chirrido, la puerta se abrió unas decenas de centímetros, lo suficiente para que pudiera deslizarse al interior del edificio.

Entró. La oscuridad se convirtió en un tejido aterciopelado, que lo envolvió. Completamente distinto a la fría y húmeda negrura del exterior. Aquello era otro mundo. El calor era intenso. Seco. Delicioso. El ronroneo del transformador difundía una música animal y tranquilizadora. No veía nada, pero estaba tan bien... No se había sentido así en muchas semanas.

Seguía teniendo el tubo metálico en la mano. Había conseguido entrar gracias a él. De repente el objeto había adquirido poderes mágicos. No se habría separado de él por nada del mundo. Era a la vez su varita mágica, su espada, su cetro y su bastón de ciego, con el que avanzó cautelosamente, utilizándolo para tantear la acogedora negrura, paso a paso.

Pero, de pronto, el vacío se transformó en una superficie dura y, en una milésima de segundo, las tinieblas por las que había avanzado hasta ese instante se iluminaron como a causa de unos prodigiosos fuegos artificiales, que inundaron el lugar de una blancura cegadora.

Fue tan rápido que no le dio tiempo ni a comprender lo que pasaba ni a sufrir: una corriente eléctrica extraordinariamente intensa le atravesó el cuerpo y, calcinándolo al instante, lo transformó en un pedazo de carbón pegado al tubo de metal y al generador que había tocado con él.

Luego, durante unos minutos, fantásticos chorros de chispas se derramaron sobre lo que había sido su cuerpo.

Una especie de traca final sin ningún espectador.

Por fin la oscuridad volvió, suave y tranquila, y, tras los últimos chisporroteos eléctricos, el ronroneo del gran animal se reanudó, como si una misteriosa digestión acabara de empezar.

Sex und Linden

Tengo casi noventa años. Son los últimos días de mayo. Siempre me ha gustado mayo. Ahora sé que no viviré muchos más. Éste podría ser el último. Pero no estoy triste. Estoy cansado. Ahora, para dar unos cuantos pasos, necesito cogerme del brazo de Anne. O de mi hijo, cuando viene a verme. Me agarro a ella o a él con mis huesudas manos. Mis dedos parecen garras artríticas. Tiemblo y abro la boca todo lo que puedo para aspirar el aire. Soy un pez exhausto arrojado a la orilla por un pescador malhumorado. Mi cuerpo silba y cruje. Tardo muchos minutos en recorrer unos pocos metros.

Anne tiene mucha paciencia. Es su trabajo. Viene a casa tres veces al día. Por la mañana, para lavarme y darme el desayuno. A primera hora de la tarde, para comprobar que todo va bien y acostarme para la siesta. Y al atardecer, para hacerme un poco de compañía, fregar los cacharros y prepararme para la noche. Mi hijo no es tan cariñoso. Siempre tiene prisa. El trabajo lo absorbe. Pero es mi hijo. Me alegra verlo. Me doy cuenta de que mi lentitud, mi dificultad para encontrar las palabras, mis temblores, mi mirada, que se diluye, lo exasperan. Yo creo que le doy miedo. Me mira como se mira a un muerto, pensando que tarde o temprano uno acabará como él. Eso asustaría a cualquiera.

Anne me ha instalado en el jardín, en la tumbona, cerca del macizo de hortensias. Tengo un poco de calor. Anne siempre teme que coja frío. Me ha subido la manta hasta la barbilla. Sacar un brazo de debajo de ella, coger el borde superior con la mano y bajarla hasta mis piernas sería demasiado esfuerzo para mí. Sólo pensar en todos esos movimientos me agota. Al fin y al cabo, hace buen tiempo. Soy un viejo cascarrabias. Además, el sol no tardará en ocultarse detrás del avellano, y entonces estaré en la sombra.

Me he dejado las gafas en la mesilla de noche. Veo formas y colores que se mezclan unos con otros. Masas. Una especie de cuadro abstracto. Es muy bonito. La memoria aún me funciona lo bastante bien para precisar los contornos y recordar que eso es una carretilla y

aquello los bojes, los tejos, el seto de husos o la cabaña de madera en la que antaño guardaba las herramientas.

Ya casi no oigo. Es agradable. Los ruidos de la ciudad desaparecieron hace mucho tiempo. Parece que esté en el campo. Aun así echo de menos el canto de los pájaros y los zumbidos de los insectos. En la mesa de hierro, muy cerca de mí, se ha posado un mirlo. Sé que trina porque tiene el pico abierto y le vibra el cuello, pero es como una secuencia de cine mudo. Lo mismo pasa con las abejas, que, en un baile incesante, se acercan a una zona de la manta en la que ayer debió de caérseme un poco de mermelada y vuelven a alejarse. El mirlo flexiona las patas, deja caer unos excrementos verdes sobre la mesa y alza el vuelo.

A mi edad no te mueres de golpe. Eres como una casa a la que le cierran los postigos, la vacían poco a poco de sus muebles, le cortan primero el gas, luego el agua y por fin la luz, para acabar cerrándole la puerta definitivamente y tirando la llave.

Ya no tengo calor. Estoy bien. Estoy muy bien. Pese a mis achaques, conservo intacto el sentido del olfato, y es una gran bendición. Como si me hubieran hecho un regalo para mis últimos momentos en el mundo. He amado mucho el mundo. «Habitar el mundo». Lo que dice esa expresión, o esta otra: «venir al mundo». Llegar. Pasar sobre una superficie infinita. Posarse en ella. Partir. Desaparecer. El mirlo y sus excrementos. Las abejas.

Ya no me preocupa el tiempo. Ya no me importa la hora. Divido el día como cuando era niño. El amanecer. La mañana. La tarde. La noche, durante la que a veces abandono mi cuerpo y mi edad, y, en sueños, vuelvo a ser el que fui. Incluso llego a confundir los momentos del día con sueños. Entonces es maravilloso no saber ya si sueño o vivo, tanto más maravilloso cuanto que eso ya no tiene la menor importancia, la menor repercusión.

Ayer, sí, creo que ayer, aunque también podría haber sido hace unos minutos, o la semana pasada, percibí el olor de los tilos por primera vez esta primavera. Su turbador aroma, agudizado por la suavidad de la noche. De pronto pensé en el *adagio* de la *Sinfonía n.º 61* de Haydn y en la mujer morena. En su sexo húmedo y caliente, aquella noche de

mayo tan lejana. El primer sexo femenino. Ese momento prehistórico de mi vida sexual. Me emocionó tanto que sentí un cosquilleo entre los muslos, donde hace tanto tiempo que todo se durmió. Pero puede que fueran imaginaciones mías. No querría pasarme de listo.

Nunca supe su apellido. Ni su nombre de pila. Nunca supe nada de la mujer morena ni volví a verla. Tampoco oí el sonido de su voz. Sólo tengo el recuerdo de sus gemidos, de los gritos que retenía entre los labios, de su jadear de animalillo, que llegó a asustarme, porque creí que iba a morirse entre mis brazos bajo las ramas bajas de los tilos en flor, ribeteados por el vuelo de los abejorros.

Instantes después desapareció en la noche. Yo recogí mi ropa. A lo lejos distinguía las luces de la terraza del Biergarten y oía las risas de los bebedores. Desde hacía rato, sin que yo me percatara, la música de la orquestina, dominada por el trombón, el clarinete y el bombo, había ahuyentado las últimas notas del conjunto de los alumnos de la academia de música —entre los que estaba mi hermana—, que esa tarde, apretujados en el pequeño quiosco, habían interpretado la hermosa sinfonía de Haydn.

Tengo quince años. Aún no conozco el placer. Dicen que parezco mayor. Las camisas y los pantalones se me quedan pequeños casi de un mes para otro. El cuerpo se me alarga como si fuera de plastilina, pero sigo teniendo ojos de niño. Mi madre se pasa la vida descosiendo dobladillos y arreglando la ropa de mi padre para que pueda llevarla yo. Abre el armario ropero y acaricia las camisas, las chaquetas, los pantalones... Coge las tijeras y las agujas. Corta, cose y llora.

Llevo la ropa de un muerto. La guerra acabó hace dos años. Mi padre no regresó. Un documento oficial certifica su muerte. Mi madre lo desdobla y vuelve a doblarlo varias veces al día. Siempre lo lleva en un bolsillo.

La ciudad todavía parece una inmensa dentadura destrozada a martillazos. En todas las calles se alzan raigones negros y despedazados. Hay enormes montones de escombros. La hierba y los matojos empiezan a cubrirlos con una piel verde. Poco a poco se transforman en colinas. Los tranvías funcionan de nuevo. En su interior se apretujan muchas más mujeres que hombres. Y los hombres

son viejos. O medio hombres a los que les faltan un brazo, una pierna, dos piernas, dos brazos... Todo el mundo está flaco. Nosotros, también. No saciamos el hambre. Por suerte, hay libros. Y música. Mi hermana toca el violín. Se pasó la guerra tocando el violín. Yo me la pasé leyendo y nuestra madre, llorando.

Llevo la ropa del muerto, pero ya no lo recuerdo. Quiero decir que en esa época, a los quince años, ya no me acuerdo de él. De nada. Ni de su voz. Ni de su estatura. Ni de sus manos. Tampoco tengo el recuerdo de que me falte. Más tarde, en determinados momentos de mi vida, lo recupero. Escenas concretas, breves, que una máquina interior grabó en partes difícilmente accesibles de mi cerebro y que, de repente, sin previo aviso, decide reproducir de nuevo: mi padre, con un cigarrillo entre los dedos, me señala un mono concentrado en despiojar a un congénere en una jaula del zoo. Mi padre rodea con los brazos a mi madre y esboza con ella unos rápidos pasos de baile, mientras en la radio suena una música que nunca he oído. Está en camiseta de tirantes. Es verano. Mi padre se aleja en bicicleta por la calle mientras yo estoy sentado en los peldaños de la puerta de nuestro edificio. No se vuelve, pero levanta una mano del manillar y la agita en el aire en señal de despedida.

Nunca he sabido qué hacer con esas escenas. Tampoco he comprendido nunca por qué surgían en determinados momentos. Momentos de mi vida que no fueron cruciales, ni siquiera especiales.

Mi hermana habla poco. Toca el violín. Constantemente. Es su forma de expresarse. Duerme con el violín. El estuche está abierto junto a su cama. Según la luz, parece un ataúd o la boca muy abierta de un batracio de las profundidades. El violín reposa cerca de su cara. A veces los miro a los dos mientras duermen. Mi hermana tiene el pelo rojizo claro. Es muy guapa. En cuanto al violín, es de color caramelo.

Tengo quince años. Ya he leído cientos de libros. Siento la carga de todos esos libros, y es un peso maravilloso. Seguiré leyendo toda mi vida. Lo convertiré en mi profesión. Seré profesor. Un profesor de un tipo especial, que nunca enseñará ni tendrá alumnos, pero escribirá libros en los que hablará de sus lecturas para despertar en otros el deseo y la necesidad de imitarlo.

Cuando no está tocando el violín, mi hermana lee partituras. No se da cuenta de que, mientras sus ojos se deslizan por las notas, sus dedos se mueven, y sus labios también. Tiene el violín sobre las rodillas. Parece un animal doméstico que espera que lo acaricien. Yo, en cambio, no he aprendido solfeo. No deseo tocar música. Con oírla me basta.

Mi hermana es tres años mayor que yo. Morirá a finales de los años cincuenta en un accidente de avión, en Sudamérica. Con ella perecerán otros instrumentistas de la orquesta de la que formará parte en esos momentos. Conservo el programa de su gira: Mozart, Schubert, Brahms y Debussy. Anuncia veintinueve conciertos en cuatro países: Brasil, Argentina, Chile y Paraguay. Sólo se celebrarán los previstos en Brasil y los tres primeros de Argentina, en Buenos Aires. El avión no llegará a Mendoza.

Mi madre se hundirá poco a poco en la demencia. Acabará sus días en un centro especializado. Morirá mucho después, tras la caída del Muro, en un país reunificado cuyo nombre ya no le evocará nada. Durante años, cuando voy a verla, me coge las manos, las retiene entre las suyas, sonríe sin reconocerme y murmura el nombre de mi padre docenas de veces. De su boca ya no saldrá ninguna otra palabra.

El sol se oculta. Estoy bien. Aún hace calor. Cierro los ojos. No sé qué hora es. No sé si ha llegado Anne. O si ha vuelto a irse. Ya no siento mis dolores. Ya no siento mi cuerpo. Aquí está de nuevo el olor de los tilos, que me envuelve como un chal. Azucarado. Dulce. Meloso. Sé que, llevada por ese aroma hechicero, fugaz y violento, la mujer morena va a acercarse a mí.

No quiero ir a ese concierto. Estoy tumbado en el sofá de terciopelo verde del salón. Leo *El lirio en el valle*. Me gustan los novelistas franceses. Me parecen más sensibles que los nuestros. Me conmueven. También me gustan los rusos, pero los leo a escondidas de mi madre. Todo lo relacionado con Rusia la enfurece o la deprime, según el día.

Félix de Vandenesse se ha alejado de Henriette de Mortsauf. Vive una pasión febril con Lady Dudley. Se entera de que Henriette se está dejando morir. Irás a ese concierto. No. Hazlo por tu hermana. No. Por favor. Leo. El libro te esperará. No iré. A tu hermana le da miedo que

haya poco público.

Dejo a Félix refunfuñando. Cierro el libro de golpe para mostrar mi enfado. Pero quiero a mi madre. Quiero a mi hermana. Mi madre me viste de pingüino. Sin decirme nada ha arreglado el traje de boda de mi padre. Es negro. Las solapas de seda brillan. Me pongo una camisa blanca con cuello de palomita. Mi madre me anuda la pajarita. Estoy ridículo. Los zapatos de charol son de mi número, pero demasiado elegantes. Parezco un niño disfrazado de juerguista. Mi madre dice que estoy muy guapo. Mi hermana asiente sonriendo en el atardecer. Le da un beso a mi madre y se marcha con el violín bajo el brazo. Mi madre y yo cenamos. Sopa de patata y pan negro, como siempre. Para que no manche el traje, mi madre me ha hecho ponerme un delantal.

En la ciudad todavía medio muerta la gente se vuelve a mi paso. Nunca me he sentido tan incómodo. Noto el peso de sus miradas. Parezco salido de una preguerra despreocupada, como si me hubiera rezagado en el túnel del tiempo. Camino deprisa. Rezo para que el sol se ponga y yo desaparezca en la oscuridad.

El parque es uno de los pocos sitios de la ciudad que la guerra respetó. Durante cinco años las bombas lo evitaron con constancia, seguramente porque los árboles centenarios, los estanques con peces, los puentecillos japoneses y los parterres de plantas perennes no representaban ninguna amenaza. O quizá sólo fue un capricho de la muerte, que golpea cuando y donde quiere, que no obedece a ninguna lógica humana.

Las sillas de hierro forman círculos concéntricos alrededor del quiosco. Muchas aún están vacías. Me siento en una situada en la zona menos iluminada. Todas las que me rodean están libres. Espero que sigan así. La orquesta ya está allí, preparándose. Mi hermana me ha visto y me hace un rápido gesto con la cabeza. Yo le respondo del mismo modo y me encojo todo lo posible en la silla. Hay cerca de un centenar de personas. Vestidas modestamente, como todo el mundo en esta época. Con mi lujoso traje, me siento como un príncipe que ha aterrizado entre ellos. Estoy avergonzado. El concierto va a empezar. Ahora sólo está iluminado el interior del quiosco. Las luces vierten un polen dorado sobre los rostros de los músicos. Tras unos cuantos

carraspeos y los breves acordes de instrumentos afinados por última vez, el joven director surge de la oscuridad, sube corriendo los tres peldaños, se inclina ante el público, que lo aplaude, saluda, se vuelve hacia la orquesta, alza la batuta y empieza a agitarla.

Las notas se elevan hacia el cielo de la noche de mayo. El público escucha concentrado. Respiro más tranquilo. Ya nadie me presta atención. Cierro los ojos. Escucho la sinfonía. La conozco sin conocerla. Mi hermana lleva semanas ensayando su parte, así que sé la melodía, el ritmo, la progresión. Pero ahora es como si hubieran vestido de carne un esqueleto. Lo que encuentro ya no son huesos hábilmente ensamblados, sino un cuerpo entero en su maravillosa complejidad, revestido de su carne, cubierto con su piel y su cabello, y vivo.

El leve frescor que llega con la noche hace alzarse de mil lugares del parque olores a tierra tibia, a hierba cortada, a humus, a pétalos de rosas, a flores de glicina que empiezan a pudrirse y, como envolviéndolos a todos y superándolos, el perfume de los grandes tilos y sus flores empolvadas. Se diría que la música de Haydn exacerba los aromas, o que éstos son prolongaciones de la melodía y le proporcionan un eco singular hecho de otra materia. Es un largo y maravilloso momento. Me olvido de mi atuendo y de Félix de Vandenesse. Estoy inmerso en la música y en las fragancias primaverales del parque. El primer movimiento acaba. Los aplausos rompen el silencio que ha seguido a la última nota.

Abro los ojos para aplaudir yo también y ver la cara feliz de mi hermana. Me sobresalto. Hay una mujer sentada a mi derecha. Ha ocupado su sitio sin que la oyera llegar. Me mira. No muestra interés por el concierto. Con el cuerpo vuelto hacia mí, me mira fijamente con sus grandes ojos negros. Su cara está muy cerca de la mía. No me atrevo a moverme. Tiene una hermosa cabellera larga y negra, suelta. Empieza el segundo movimiento, y entonces la mujer me sonríe y pronuncia un nombre, Viktor, mientras con infinita lentitud su mano se acerca a mi mejilla y, cuando la alcanza, la acaricia con el dorso de los dedos. Estoy petrificado.

Rezo para que Anne llegue tarde. Para que su autobús no haya

pasado. Estoy tan bien... Quiero seguir recordando. Tener quince años de nuevo. Estar en el parque, cerca del quiosco de la música, en el que mi hermana y sus jóvenes amigos tocan la música de Haydn. La manta me proporciona un calor agradable. La noche aún está lejos. El aroma de los tilos me hace compañía, como un amigo fiel.

La mujer morena repite incansablemente el nombre de Viktor mientras me acaricia la cara, que sus risueños ojos escrutan con asombro, como hace quien acaba de reencontrarse con un ser querido al que creía haber perdido para siempre. Tendrá la edad de mi madre. Es más alta que ella. Su gastada ropa ha sido elegante. Los tejidos, aunque remendados en algunos sitios, son de primera calidad. Se acerca más. Sus labios se aproximan a mi oído y susurran mi nombre, antes de besarme. Mi corazón se desboca. Nadie nos presta atención. Somos de la materia de la noche. Al primer beso le sigue otro y, luego, un tercero. La mujer me coge la cara entre las manos y la vuelve hacia la suya. Se acerca aún más. Sus labios rozan los míos. Viktor. Luego se posan en ellos largo rato.

Es la primera vez que me besan así. Se me nubla la vista. Descubro cuánta dulzura y turbación puede sentirse cuando unos labios se unen a los tuyos. Su frágil carne se posa en mi frágil carne y se aprieta contra ella. Su cálido aliento se mezcla con el mío. Luego la punta de su lengua me separa los labios, penetra en mi boca y, tras verter en ella una saliva que sabe a helado de fresa y tabaco, se enreda con la mía y la arrastra a una lenta danza. Incansable y deliciosa.

Lo ayudaré a entrar en casa. Empieza a refrescar. No, Anne, por favor. Déjame aquí un poco más. Estoy con la mujer morena. Anne suelta una risita. Mantengo los ojos cerrados. Ella lo sabe. Le he contado la historia muchas veces. ¿Por dónde va? Me acaba de besar. ¿En la oreja? No, con la lengua. ¿Ya? Sí, pero aún estamos sentados. El concierto no ha terminado. Es el hermoso *adagio*. Mi hijo es mi hijo, pero no lo entendería. Nunca me he atrevido a hablarle de la mujer morena. Anne no es mi hija. Es una mujer llena de bondad. No me juzga. Nunca se le ocurriría tomarme por un viejo loco. Voy a prepararle la cena. En veinte minutos vuelvo a buscarlo. Anne me sube la manta, que se ha bajado un poco, me coloca bien la almohada

bajo la cabeza y acaricia con ternura mi escaso pelo, como si fuera un bebé. Oigo alejarse sus pasos por la gravilla.

La mujer morena está otra vez aquí, más cerca de mí. Siento su cuerpo contra el mío. Tengo la sensación de estar borracho, aunque nunca me he emborrachado. Sus manos acarician mi chaqueta y luego la desabrochan, apoyan las palmas en la camisa, sueltan tres botones, se posan en mi piel y se deslizan por ella. Ya no respiro. Me voy a morir. Tengo quince años y me voy a morir al son de la música de Haydn, envuelto en el mareante aroma de los tilos.

Sin darme cuenta he abrazado a la mujer morena. Ella cierra los ojos y echa atrás la cabeza. Yo hundo la cara en su cuello y se lo beso. Mis besos descienden en cascada entre sus pechos, que queman a través de la gastada tela. Me coge las manos y las guía hasta sus caderas y sus ingles. Entonces se abre la geografía de la plenitud y de las islas del tesoro.

Más tarde intento encontrar a la mujer morena. Vuelvo al parque muchas tardes, en cualquier época del año. Asisto a multitud de conciertos, sin perderme ninguno en cuyo programa figure Haydn. Pasan los años sin que vuelva a verla. No sé si su locura acabó llevándosela muy lejos del mundo de los hombres. Si murió de una falta de amor demasiado grande. Si acabó arrojándose desde lo alto de un puente o a un río, transida de dolor por haber perdido a Viktor para siempre. El tiempo no consigue alterar, ni siquiera un poco, el recuerdo que conservo de esa mujer, a la que debo mi primer vértigo sexual, pero sobre todo el amor por las mujeres.

El tercer movimiento de la sinfonía nos acompaña hacia el terciopelo extendido de los grandes tilos. Ya no avanzamos por la vida. Nos movemos en un sueño. Y la música da a ese sueño una profundidad algodonosa. Durante milenios los seres humanos creyeron que a veces los dioses gozaban de mujeres mortales o que algunos hombres se unían a diosas. Esa noche de mayo experimento mi propia mitología.

Estamos tumbados en el césped. Nuestros ojos se buscan en la oscuridad. Nuestras pupilas son estrellas lanzadas al alto cielo de mayo. No tengo quince años. Ya no tengo quince años. Eso no

significa nada. El tiempo no existe. Es una pobre invención de contable. La mujer morena me quita la ropa con delicadeza; luego se la quito yo. Nos abrazamos desnudos. Su piel huele a flor de tilo. Soy un fauno. Mi miembro se endurece. Eso me asusta y me encanta. Ella lo rodea con las dos manos, como quien sostiene una vela cuidando de que no se apague. Deslizo los dedos entre sus muslos, que se han abierto. Ahí todo es ardiente y puro. La mujer morena me guía dentro de ella. Dios mío, esa primera vez... Tengo la sensación de estar cayendo desde lo alto de un acantilado sin miedo a alcanzar el suelo. El aire alrededor de mi caída me envuelve y me embriaga. Eso dura.

Cuarto y último movimiento. *Prestissimo*.

Pero ¿dónde estabas? Tu hermana ha vuelto hace rato. Te ha buscado por todas partes. ¿Y el traje? ¡Cómo lo llevas, Dios mío! Me matarás a disgustos.

Mi madre me espera en la puerta de nuestro edificio. Tiene el rostro descompuesto de preocupación. Perdió a su marido. No quiere perder a su hijo. Yo no respondo. ¿Qué podría decir? Subo a acostarme.

Guardo cama y silencio durante dos días. Mi madre me trae infusiones. A petición mía, mi hermana me toca el *adagio* de Haydn todas las noches. Las dos creen que estoy enfermo. Simplemente quiero prolongar mi sueño. Mis dedos conservan el olor del sexo de la mujer morena y el recuerdo de su piel. Los olfateo. Vuelvo bajo los tilos. Vuelvo a su vientre. Estoy enfermo de amor.

Ahora tenemos que entrar. ¿Qué? Que tenemos que entrar. Mire, ya no se ve nada, pillará una pulmonía y se morirá. Voy a morirme de todos modos, Anne, y antes de lo que crees. No diga tonterías. Vamos. Lo ayudaré. Hueles a tilo. Anne me ayuda a levantarme de la tumbona. Tardamos un tiempo infinito. De repente tengo frío. Mi esqueleto es la carcasa de un pollo triturada en un mortero. Me duele todo. ¿Hueles ese aroma, Anne? No, ¿qué aroma? ¿De qué habla? Sólo huelo el gas de los tubos de escape, y el ruido de los tranvías me da dolor de cabeza. Caminamos con la lentitud de los caracoles. Vamos, señor. El jardín está oscuro. La casa está lejos. Demasiado lejos. Me gustaría quedarme a dormir en el jardín. Está usted loco. Mis quince años están lejos. Mi vida está lejos. La mujer morena está lejos.

Cuando mi hijo nació, lo llamé Viktor. Mi mujer me preguntó por qué. Le mentí. Dije que era un nombre bonito. Un nombre de vencedor. Que nuestro hijo triunfaría. Era ridículo. Pero no podía contarle la verdad. No podía hablar de la mujer morena, de su sexo abierto como una sonrisa, de su amor muerto, de los tilos, de Haydn. Del parque y sus árboles que la guerra respetó.

He tenido una vida feliz. Una mujer cariñosa, a la que quise. Un hijo que es un hijo. Voy a morir sin lamentar nada. Usted no va a morir. Claro que sí. No creo haber hecho nada mal, y si lo hice, fue sin querer. Cuando esa noche de mayo, bajo el follaje de los tilos, sentí que mi simiente se derramaba en el sexo de la mujer morena y oí sus gritos de amor, sus quejas de animal herido, sus suspiros, sus jadeos, me pareció que, de pronto, salía de mí mismo. Luego no sé si alguna vez volví a mí. ¿Es eso lo que marca el final de la adolescencia? ¿Esa entrada violenta en el mundo adulto? ¿Ese placer, de una intensidad tan grande que sólo se puede experimentar a costa de la lúcida tristeza que lo sucede? Y de las infinitas mañanas de pesar. De una infinidad de mañanas de pesar.

Lo que dice es demasiado complicado para mí. Habla como un libro. No entiendo nada. Anne vierte en mi plato la sopa de patata. Corta una rebanada de denso pan negro. ¿Por qué no quiere que le haga otra cosa para cenar? Un plato que alimente. Con carne y salsa. Crema. A su edad, es lo que necesita. A mi edad. Tú, que no sabes nada, sabes lo que necesito. Sé que esta sopa lo va a matar. No lleva nada. No es más que agua.

Anne, mi querida Anne, deja que me coma mis quince años, por favor. Los fantasmas están ahí. Junto a la puerta. Tú no los ves, pero están ahí. Los que amo. Están ahí. Mirándonos, aunque tú no los veas. ¿Con qué me sale ahora? Eres demasiado joven, tienes tiempo. Sus cuerpos se dibujan más claramente cada día ante mis ojos. Eso me encanta. Voy a ser uno de ellos. Tú no puedes comprenderlo. Pronto me estrecharán entre sus brazos de niebla. Oiré latir sus corazones al ritmo inexistente de la eternidad. Cómase la sopa, al menos. Se le va a enfriar. Y deje de hablar de fantasmas, no voy a pegar ojo en toda la noche. También habrá el olor de las flores de tilo para siempre, el

hermoso *adagio* del quiosco, la presión del ardiente sexo de la mujer morena alrededor de mi miembro juvenil. Cállese, viejo loco. Tienes razón, ya no soy más que un viejo loco, un viejo loco de quince años.

Así es como se cierra la vida, Anne: todo se junta y se resume. Voy a dormirme y vivir al fin. Será una larga noche de mayo. Habrá jóvenes llenos de promesas que tocarán una sinfonía en un hermoso parque de una ciudad en ruinas. Después de la guerra. Después de todas las guerras. Y mientras los escucho esperando bajo los grandes árboles a una persona a la que quise mucho en vida, ya no tendré que cerrar los ojos, ¿sabes?, porque permanecerán totalmente abiertos para siempre.

Irma Grese

Quien insistió fue el alcalde. Irma. Irma Grese. Una buena chica. Que nunca ha tenido suerte. No muy inteligente, pero tampoco mala. Una familia difícil. Merece que le echen una mano. La directora se dejó convencer. De todas formas no tenía elección, la residencia dependía del ayuntamiento. A ella también la había contratado el alcalde. ¿Cómo negarse? Se acercaban las elecciones. El municipio repartía tantos empleos sociales como lotes de Navidad para los mayores. La madre le había dicho a la hija que solicitara una cita con el alcalde. Que le pidiera algo. Lo que fuera. Sé amable. Puede que tenga algo.

Hacía cinco años que las dos Alemanias eran una sola. Los comunistas se habían convertido en liberales, pero los pobres seguían siendo pobres. Nadie entendía nada.

La chica tenía diecisiete años. Nunca miraba a los ojos de quien le hablaba. Siempre parecía pasmada. Una cara gruesa e inexpresiva con las mejillas demasiado sonrosadas, casi rojas. Unos ojos demasiado azules. Una frente demasiado baja. Ni fea ni guapa. Miembros demasiado robustos. Pelo demasiado fino. Casi blanco de puro rubio.

Su currículum cabía en tres líneas. Había ido a la escuela hasta los trece años. Luego la había dejado. ¿Por qué? La chica se encogió de hombros. La directora insistió. El alcalde aún estaba allí. Irma acabó diciendo que su madre la necesitaba. Para que la ayudara. Sus hermanos pequeños. Sus hermanas pequeñas. Salían del vientre de la madre regularmente. Y siempre sin padre, o más bien con varios. Cuando la directora le preguntó qué sabía hacer, volvió a encogerse de hombros. De todo un poco. No mucho.

Podría dar de comer a quienes ya no son capaces de alimentarse solos. Eso lo dijo el alcalde. Lo ha hecho con niños pequeños. Podría hacerlo con ancianos. Eso es. Con mi padre, por ejemplo. Dice usted que necesitaría a alguien para cada comida. Que cada vez le resulta más difícil.

La directora lo confirmó. Por qué no. Podría hacer eso. Sí. Y aparte,

limpiar un poco. Así completaría la jornada. Tres meses a prueba. Perfecto. El alcalde se levantó. La chica no sabía qué hacer, si levantarse también o quedarse. La directora acompañó al alcalde a la salida y volvió al despacho. La chica no se había movido. Quieta en la silla, como un trozo de carne dejado allí. Llevaba unos vaqueros baratos. Una camiseta demasiado pequeña, bajo la que asomaban los michelines, que rebosaban del pantalón. Y un tatuaje en la nuca. Un ideograma. ¿Qué significa?, preguntó la directora para mostrarse amable. La chica se encogió de hombros. No sé. Es chino.

La directora le enseñó el centro. Los vestuarios del personal. La cocina. La gran sala de descanso de los residentes. El comedor. El cuarto de la tele. Las dos salas de tratamiento. La zona del jardín. Tres senderos. Una terraza. Cuatro mesas. Sillas. Y luego las dos plantas, con las habitaciones. Por todas partes sillas de ruedas inmóviles, que parecían colocadas en un orden enigmático para un extraño juego de rol, y, sujetos a ellas con un cinturón de tela abrochado sobre el vientre, viejos cuerpos inertes de facciones flojas, que no siempre se sabía si eran de hombre o de mujer.

La directora los saludaba jovialmente llamándolos por su nombre. Algunos respondían. La mayoría se limitaba a alzar lentamente hacia ella sus ojos ausentes y mover los labios, sin que de ellos saliera ningún sonido. Otros ni siquiera reaccionaban.

La chica seguía a la directora como un animal. Pensó que había muchos viejos. Demasiados, la verdad. ¿Qué esperaban allí? ¿Para qué servían? ¿Realmente merecía la pena molestarse tanto por ellos? Y luego, aquel olor. A sopa y pañales sucios. No le gustaba aquel sitio. ¿Te ves capaz?, le preguntó la directora. La chica se encogió de hombros y respondió que sí. Voy a presentarte al padre del señor alcalde. Es aquí. Habitación 104.

La directora dio tres alegres golpecitos en la puerta. Entraron. La habitación olía como los pasillos, pero más fuerte. Además de a cerrado. Cerca de la ventana había una silla de ruedas idéntica a las demás. Y en la silla, un viejo que se parecía al alcalde, pero más delgado. Más canoso. Más encogido. Con treinta años más.

¡Buenos días, Viktor! ¿Cómo estamos hoy?, le preguntó la directora

poniéndole la mano en el hombro. El viejo la miró. A sus ojos asomó como una sonrisa. Pero se apagó enseguida.

¡Le presento a su nuevo ángel de la guarda! Esta joven se encargará de que no le falte de nada. Lo ayudará con las comidas. Qué amable, ¿verdad?

El viejo posó sus ojos casi muertos en la chica. Una vez más una sonrisa pareció iluminarlos, pero se extinguió de inmediato, como si, decididamente, el esfuerzo fuera demasiado grande.

Los dejo para que se conozcan. Luego ven a mi despacho para firmar el contrato.

En la habitación no había nada fuera de su sitio. Era como si el viejo sólo estuviera allí de paso. Ni ropa. Ni revistas. La cama, impecable. Las paredes, desnudas. Amarillas y azules. El vacío. En la mesilla, ni un florero ni una planta verde, solo un vaso lleno de agua y, en el agua, una dentadura postiza.

Había una puerta que daba a un baño. Una ducha con un asiento. Un váter. Un armarito. Irma se bajó los vaqueros y las bragas. Se sentó en el inodoro, que era muy alto. Se tomó su tiempo.

Volvió a la habitación. El viejo la seguía con los ojos. Ella no lo miró. Hacía como si no existiera. Abrió el armario. Cuatro calzoncillos. Calcetines. Un pantalón. Tres camisas. Dos chalecos. Un bolso. Dentro, una cartera. Documentos de identidad. Permiso de conducir. Tarjeta electoral. Una foto en blanco y negro muy vieja de un grupo de soldados sonrientes con perros atraillados delante de los vagones de un tren. Dos billetes de diez Deutsche Mark. Tres monedas de uno. Irma dudó. Los dejó. Cerró el armario.

Se sentó en la cama. El viejo gimió o intentó decir algo. Ella no hizo caso. Miró por la ventana. Se veían árboles, tejados y la parte de arriba del letrero luminoso del Apokalypse, un pub que por la tarde funcionaba como discoteca. Era de un tipo de Múnich. Un fulano del Oeste, que se parecía a todos los del Oeste, conducía un Mercedes enorme con las ventanillas tintadas, había comprado la mitad del pueblo y los miraba a todos por encima del hombro, como si fueran unos palurdos.

Irma se habría pasado la vida en el Apokalypse. Pero para eso

necesitabas dinero. Así que iba muy poco. La música. El baile. Le encantaba bailar. ¡Eso no te dará de comer!, le decía su madre. Irma se encogía de hombros y seguía bailando en su habitación. Con la música a todo volumen. Con sus hermanos y hermanas peleándose al lado, llorando, gimoteando. Que tenían hambre. Sueño. Sed.

¿Ha ido bien? La chica hizo una mueca que podía ser un sí. Ya verás, el padre del alcalde no es difícil. Si de vez en cuando lo oyes canturrear canciones militares, no te extrañes. Déjalo, no le hace daño a nadie. La guerra lo marcó. Y después de todo, ya pagó. Todo el mundo cometió errores. Sobre todo en esa época. Tiene derecho a una vejez feliz. ¿De qué hablaba aquella mujer? No entendía ni una palabra de lo que decía. Para ella la guerra era la Edad Media.

Firmó el contrato escribiendo su nombre. Dibujando las letras como una niña de ocho años. Enormes y temblorosas. Tardó lo suyo. Con la lengua asomando entre los labios, bajo la mirada de la directora, que no sabía qué pensar de aquella chica. La citó al día siguiente a las siete de la mañana. Irma, boquiabierta, abrió unos ojos como platos. ¿A las siete?, preguntó, incrédula. La directora se lo confirmó. Sí. A las siete.

Levantarse le costó Dios y ayuda. Era la primera en pie en la casa. Se tomó un vaso de leche fría. Se puso la ropa sin lavarse. No tenía tiempo. Ni ganas. Su madre aún estaba en la cama. Sus hermanos y hermanas, también. Vio amanecer. Hacía mucho que no le pasaba eso. Gente que iba a toda prisa. Corriendo a trabajar. Locos. Con cara de sueño. Ahora Irma era una de ellos.

Cuando llegó a la residencia la directora la estaba esperando. Le señaló que llegaba cinco minutos tarde. Cinco minutos tarde el primer día. Mal empezaba. ¿Qué eran cinco minutos? ¿Qué más les daba a los viejos esperar cinco que diez? No tenían otra cosa que hacer. Pero no replicó.

La directora la acompañó a la cocina. Le explicó cómo preparar la bandeja del desayuno para el padre del alcalde: café con leche, dos rebanadas de pan, mantequilla y mermelada. Un yogur. Una compota de manzana. Tiene que comérselo todo. Insisto. Despacio. Luego esperas un poco y lo llevas a hacer de cuerpo. ¿A qué? A hacer sus

necesidades, si lo prefieres. Lo sientas en la taza. Sales. Esperas. Espero, ¿qué? ¿A ti qué te parece? Irma comprendió. Se le revolvió el estómago. ¿Y luego qué hago? Lo limpias. ¿Lo limpio? Lo limpias. Lo vistes de nuevo. Vuelves a llevarlo a la silla.

La chica miraba el suelo. Baldosas de color beis, con las juntas grisáceas. Hizo una mueca de asco. ¿Podrás hacerlo?, le preguntó la directora. La chica se encogió de hombros. Te dejo. Deberías ir ya.

Habían levantado, lavado y vestido al viejo. Esperaba sentado en la silla, colocada ante una mesita. Irma le dejó la bandeja en ella. Él la seguía con la mirada. Irma no le dio los buenos días. ¿Para qué? Le habían explicado que había perdido el habla. Que quizá ya no regía del todo. Además, debía de estar sordo.

Se sentó frente a él. Cogió una rebanada y se la acercó a la boca. Él la abrió. Sus ojos brillaron. Su dentadura postiza se cerró sobre el pan. Irma tiró de la rebanada. El viejo se quedó con un pedazo en la boca y empezó a mascarlo. Era lento. Mascaba. Babeaba. Hacía ruidos desagradables, como cuando escurres una esponja o te sorbes la nariz. Por fin consiguió tragar. Irma volvió a acercarle la rebanada a la boca. Él la atrapó como una tortuga que Irma tenía de niña, a la que le daba hojas de lechuga. El viejo tardó diez minutos en comerse la primera rebanada.

A continuación Irma cogió el cuenco de café con leche, que ya se había enfriado, y lo hizo beber. La mitad le cayó por la barbilla y el cuello, hasta el babero. Irma repitió la operación. El viejo hizo «gluglú». La chica cogió la segunda rebanada. Aquello era el cuento de nunca acabar. Una pesadilla. Y pensar que podría estar haciendo cualquier otra cosa. Estar en cualquier otro sitio. Dormir. Aún quedaban el yogur y la compota. Con cucharilla. Cucharadita tras cucharadita. Una eternidad. Cuando Irma empezó con la compota, los ojos del viejo brillaron. Se veía que le gustaba. Hacía ruiditos. Como un roedor excitado. Tenía los labios manchados de mermelada, café con leche, yogur y compota. Parecía un bebé muy viejo, arrugado, horrible. Lo limpió con el babero.

El viejo la miraba. Su delgada cabeza no dejaba de oscilar. Como si estuviera montada sobre un muelle. Irma tiró de la mesita hacia ella,

lo cogió de las axilas y lo levantó de la silla. De pie le sacaba una cabeza. Sosteniéndolo, lo dirigió hasta el cuarto de baño. El viejo avanzaba como un robot japonés, arrastrando los pies por el suelo, pero con una lentitud entrecortada, como si estuvieran a punto de agotársele las pilas.

Se detuvo ante la taza del váter y ejecutó una media vuelta. Irma le desabrochó el cinturón, le desabotonó el pantalón y le bajó la bragueta. El pantalón cayó solo. Aparecieron unos calzoncillos blancos enormes, de los que salían dos muslos de pollo atrofiados, blancos y sin pelos. Irma volvió la cabeza, tiró hacia abajo de los calzoncillos y sentó al viejo en el asiento. Lo dejó solo. Volvió a la habitación y se sentó en la cama. Miró por la ventana. Los árboles. Los tejados. El letrero del Apokalypse. Esperó una media hora.

Volvió al cuarto de baño. El viejo se había dormido sobre la taza. Roncaba. Irma accionó la cisterna. Eso lo despertó. El ruido y, también, el agua, que le salpicó las nalgas. Lo puso de pie. Apartó la vista y le subió los calzoncillos y el pantalón. Botones. Bragueta. Cinturón. Volver a sentarlo en la silla. Acercarlo a la ventana. Coger la bandeja del desayuno. Bajarla a la cocina.

Luego fregará los dos pasillos de la planta baja. Y por la tarde, los dos de arriba. Con eso completará las horas. Le dieron dos cubos, un cepillo para el suelo, una fregona y productos de limpieza, todo en un carrito. Pero ¿qué se creían que era? ¿La chacha? Se mordió la lengua y empujó el carrito. Empezó con el primer pasillo. Lo limpió con rabia, a cuatro patas, poseída por una energía violenta que dejó maravilladas a tres viejas cuyas sillas estaban aparcadas una junto a otra, en batería, y que se parecían como si fueran hermanas, con sus blusas descoloridas y sus melenas malva. Una buena chica, comentó una. Y trabajadora, dijo otra. Y además guapa, concluyó la tercera, que llevaba las gafas colgadas del cuello mediante una cadenita dorada.

Irma no les dirigió ni una mirada ni una palabra. Siguió con el segundo pasillo de la planta baja. Apenas lo había acabado, un viejo pasó en su silla eléctrica, que traqueteaba como una máquina de café. Volvía del jardín. Dejó en el suelo mojado dos largos rastros paralelos, relucientes y manchados de mantillo. Lo habría matado.

Ya era la hora de volver a la cocina y preparar la bandeja para la comida del viejo. El cocinero era un turco moreno y delgado de cuarenta años. Tenía dos dientes de oro y tatuajes que representaban sirenas en las manos. Irma lo tenía visto del Apokalypse. Siempre con una chica pegada a él. Cuando tuvo la bandeja en las manos, zanahorias ralladas, hamburguesa, guisantes y pera en almíbar, él aprovechó para acariciarle las nalgas. Si no paras, te estampo la bandeja en la cara. Eso habría que verlo, respondió él sonriendo. Eres un gilipollas, acabó por decirle ella, también sonriendo. Las manos del cocinero la llenaban de calor por dentro. Se llamaba Özek.

El viejo no se había movido de la ventana. Irma no veía qué diferencia había entre aquello y estar muerto. ¿De qué servía seguir vivo así? Dejó la bandeja en la mesita. Le puso el babero. Le acercó el primer tenedor con zanahoria. La misma historia que por la mañana.

Sólo que esta vez duró el doble. Irma no podía más. Al viejo le costaba tragar. Se lo guardaba todo en la boca. Y hacerle beber agua no servía de nada. Almacenaba la comida como un hámster. Parecía que tuviera una pelota de ping pong en cada carrillo. Irma las presionó.

El viejo pareció comprender. Revolvió los ojos inquieto e intentó tragar, pero sólo consiguió atragantarse y escupir sobre el babero la mitad de lo que tenía en la boca. Irma le gritó. Lo limpió con un papel y lo tiró todo al váter. ¡Ahora nos vamos a esforzar!

Con el agua que le daba Irma entre bocado y bocado, el viejo se comió la hamburguesa a paso militar. Pero, cuando la chica le tendió una cuchara llena de guisantes, no separó los labios. Por mucho que ella intentó abrirle la boca a la fuerza, no hubo manera. Lo hace para fastidiarme, ¿verdad?

En cambio, miraba la pera en almíbar con ojos ávidos. Irma se dio cuenta. Cogió el cuenco, cortó un trozo de pera, echó un poco de jugo en la cuchara y la acercó a la cara del viejo, que abrió la boca de inmediato. Esto sí, ¿eh? Apartó la cuchara. ¡Si no come guisantes, pera tampoco, así aprenderá! Echó la pera en el plato de los guisantes. Se levantó. Fue a arrojarlo todo al váter. Accionó la cisterna. El viejo la miró con ojos tristes. Irma lo levantó, lo arrastró al cuarto de baño, le

bajó los pantalones y los calzoncillos y lo sentó en la taza. Cerró la puerta. Se sentó en la cama.

Los árboles. Los tejados. El letrero del Apokalypse. La mano del cocinero en sus nalgas. La mano con las sirenas. El calor que había sentido. Tuvo ganas de tocarse. No se atrevió. En la cama. En la habitación del viejo. Si entraba alguien. La directora. Una enfermera.

Fue a buscar al viejo. Volvió a ponerle los pantalones. Accionó la cisterna. Lo arrastró hasta la cama. Para la siesta. Y después puede dejarlo. Baje un poco los postigos. Es todo.

Era su pausa. Le correspondía. Para comer, pero no tenía hambre. Salió fuera. Detrás del edificio de la cocina. Dos sillas. Un cenicero en el alféizar de una ventana baja. Sacó el walkman y los auriculares y se puso música. A todo volumen. Ritmo. Sólo ritmo. Simple. Vulgar. Se fumó dos cigarrillos. No pensaba en nada. La música la inundaba. Tenía los ojos cerrados y la cara hacia el sol. Estaba a gusto. Se había olvidado del viejo. Una nube ocultó el sol. Abrió los ojos. De nube nada, era el cocinero, que estaba encendiendo un cigarrillo delante ella y la miraba con una expresión que Irma conocía, una sonrisa que conocía y que le produjo estremecimientos en el vientre. Le hablaba, pero no lo oía. Se quitó los auriculares.

¿Cuántos años tienes? Dieciocho, mintió ella. Dieciocho años es una buena edad. ¿Y tú?, le preguntó Irma. Treinta y siete. Eres viejo. Ser viejo es bueno. Sabes. ¿Qué sabes? ¿Quieres que te lo enseñe? Ella se encogió de hombros. Apagó el cigarrillo en el suelo. Era hora de hacer los pasillos. Tengo que irme. Él se interpuso en el umbral. Quita. Venga, pasa. Ella lo apartó. Sintió su cuerpo de serpiente contra su mano. Se encogió de hombros. Sonrió. Él le acarició la mejilla y los pechos.

Cuando empezó a limpiar los pasillos de arriba, la invadió un enorme cansancio. No estaba acostumbrada a frotar de esa manera. Tanto rato. Tan fuerte. Y además sin entender por qué. Estaba todo limpio. A esa hora los pasillos estaban desiertos. Los viejos se encontraban en sus habitaciones o fuera, a la sombra, en el jardín. También había algunos delante de la tele, en la sala de actividades, amodorrados.

¿Va todo bien? No la había oído. La directora estaba detrás de ella. Inmensa. De pie. Y ella, a cuatro patas. Se encogió de hombros. Sí. La directora consultó su reloj. No olvides prepararle la bandeja a las siete y media. Te dejo. Eso, déjame. Vete a tu despacho. Métete en tu agujero.

Fregó los dos pasillos. Miró el suelo mientras se secaba, sin pensar en nada. Luego bajó el material y lo dejó en su sitio. Fue a fumarse un cigarrillo. Oía cantar al cocinero, pero no lo vio. Por una ventana salía olor a sopa. Odiaba la sopa. Desde muy pequeña. El tiempo no pasaba. El tiempo no había pasado nunca. ¿Cuándo podría largarse de una vez? ¿Hacer su vida? ¿La suya, no la de la gilipollas de su madre?

Al ver la bandeja que le habían preparado para el viejo, se dijo que esta vez sería más rápido. Sopa. Jamón de York desmenuzado con puré. Flan. Todo blando.

Cuando entró en la habitación el viejo no reaccionó. Seguía en su sitio. En la silla. De cara a la ventana. Con los ojos cerrados. Quizá estaba muerto. Dejó la bandeja en la mesita procurando hacer ruido. El viejo no abrió los ojos. Tenía la cabeza caída sobre el pecho. Lo empujó con la punta de los dedos. El viejo alzó la cabeza, abrió los ojos y la vio. Miró la bandeja sin comprender. Se volvió de nuevo hacia ella. Irma desdobló el babero y se lo anudó alrededor del cuello. Y vuelta a empezar. La lentitud. Las cucharadas. Los bocados. La comida acumulada en los mofletes. Un suplicio. Una tortura. Para colmo, Irma empezaba a tener hambre. Se comió la rebanada de pan. Y luego el flan. Haberse dado más prisa. Eran casi las seis y media. Tiró al váter el resto de la sopa, el puré y el jamón, accionó la cisterna y sentó al viejo en la taza. Ya no era cosa suya. Ella había acabado su jornada. Ahora, que se ocuparan otros.

Bueno, ¿qué?, le preguntó su madre cuando la vio llegar. ¿Qué, cómo es? Irma se encogió de hombros. Ocúpate de tus hermanos. Tú estás mal de la cabeza, ¿no? ¿Qué? ¡Me he pasado el día trabajando! Y yo, tocándome las narices, ¿no? Irma se fue disparada a su habitación, cerró la puerta con llave y puso la música a todo volumen. Los bajos ahogaron los gritos de su madre. Se puso a bailar. Estuvo bailando durante una hora. Sin pensar en nada. Luego, pensando en las manos

del cocinero. En el dibujo azul de las sirenas.

Al día siguiente llegó a la hora. La directora la felicitó por su puntualidad. Fue a la cocina. No vio al cocinero, que debía de llegar más tarde o estar ocupado en otro sitio. Cogió un cuenco de café, leche y dos rebanadas de pan. El yogur. La compota. Lo puso todo en una bandeja. Subió a la habitación del viejo.

El cuarto conservaba los olores de la noche. A orina y animal caliente. Habían hecho la cama, pero no habían ventilado. El viejo ya estaba lavado, vestido y sentado en la silla de ruedas, cerca de la ventana. Canturreaba. «*Die Fahne hoch! Die Reihen dicht geschlossen! SA marschiert mit ruhig festem Schritt*.»[1] Aquello parecía excitarlo. Marcaba el ritmo con un pie. Irma no conocía esa canción. Sin decir nada se acercó a él, dejó la bandeja en la mesita y le anudó el babero alrededor del cuello. El viejo dejó de cantar. Sólo era el segundo día, pero Irma tenía la sensación de haber hecho lo mismo cientos de veces. Abrió la ventana. Había empezado a llover. Los mirlos trinaban brincando por el césped.

Empezó a darle de comer. Fue como el día anterior. Lento. Desesperante. Ya estaba harta. Y además tenía hambre. Le había dado tiempo a ducharse, pero no a desayunar. El viejo se atascó con la segunda rebanada. Irma se comió la compota. Luego el yogur. Él la miraba. De repente dejó de masticar. ¿Qué? ¿Pasa algo? De todas formas, no los habría querido, ¿verdad? Además, así ganamos tiempo. ¡Venga, ahora al trono! Lo arrastró hasta el cuarto de baño. Le bajó el pantalón y los calzoncillos, y lo sentó en la taza. Le dejó el resto de la rebanada en la mano. ¡Acábesela! Hay que acabársela. Cuando vuelva, no quiero que quede nada.

Regresó a la habitación y se sentó en la cama. Bostezó.

Luego fueron los cubos de agua, los pasillos, la comida de mediodía, los otros pasillos, la cena...

Siempre igual.

Así todos los días.

Y por la tarde su madre, echándole la bronca por chorradas.

Los únicos momentos que cambiaban eran las pausas. Para fumarse uno o dos cigarrillos fuera. O dejarse acariciar por el cocinero, cuando

estaba. Cuando estaban solos. La llevaba a la despensa. La acariciaba con sus manos de sirena. Le tocaba las tetas por debajo de la camiseta. Le bajaba las bragas. Le hablaba en el idioma de su país. Por lo general a Irma no le gustaban los turcos, los extranjeros, los musulmanes. Les robaban el trabajo a los verdaderos alemanes. Por culpa de ellos, ella estaba en la mierda. Pero él era distinto. Cuando le metía los dedos dentro, se ponía húmeda y gemía. Tenía unos dedos largos y finos, que la abrasaban.

Así pasó la primera semana. Un siglo muerto. Con algunos rayos de luz. Ya no aguantaba al viejo. Podría haber estado en cualquier otro sitio. Durmiendo en su cama. Bailando. Dando vueltas alrededor del Apokalypse. Fumando con el cocinero. Besándolo. Dejándose acariciar por él. En vez de eso, acercaba cucharas llenas de puré a una boca.

Hubo más semanas. Empezó a odiarlo. Era como si el viejo le robara su tiempo, su juventud. Era su castigo. Habría podido hacer tantas otras cosas, si no hubiera estado allí... Su lentitud la sacaba de quicio. Y su olor, también. Su estúpida canción. Siempre la misma. La canturreaba una y otra vez. El color de su piel. Sus grandes ojos húmedos. El temblor de su cabeza. Sus manos, delgadas y nudosas, sobre las que las venas azules, hinchadas, se retorcían como lombrices. Era repugnante. Inútil. Ni siquiera sabías qué tenía en la cabeza. Si es que aún tenía algo. Puede que ya estuviera totalmente vacía, como los caparazones de los caracoles muertos que aparecen en los jardines después del invierno y que aplastas con el pie.

Irma ya no se molestaba en hacerle tragarse toda la comida. Ella se comía las tres cuartas partes, o todo, dependiendo del hambre que tuviera y de que los platos le apetecieran o no. Los había preparado el cocinero. Mientras se los comía, Irma pensaba en sus manos, en su piel, en su miembro, que había introducido en ella una tarde, en la despensa. Era la primera vez. Le había dolido. Había sangrado. Pero también la había estremecido. Te gusta. Sí, había respondido ella. La comida la acercaba a él. Cuando no tenía mucha hambre, después de darle dos o tres bocados al viejo, tiraba el resto al váter. Accionaba la cisterna. Sentaba al viejo en la taza. Lo dejaba allí media hora.

El viejo se debilitaba día tras día. Se pasaba las horas dormitando,

en un estado de seminconsciencia. Su cuello se parecía al de los pajarillos en los nidos, cuando aún no tienen plumones y sólo se les ve una carne roja envuelta apenas por una piel fina, frágil y traslúcida. Febril.

¿Come bien? Sí. ¿Se lo come todo? Sí. La directora miraba al padre del alcalde. La chica estaba a su lado. Sin embargo, ha adelgazado mucho. La chica se encogió de hombros. El viejo tenía los ojos cerrados. La cabeza, inclinada sobre el torso. Roncaba ligeramente.

El médico acudió a examinarlo. Anemia. La edad. En realidad, algo bastante normal. Le pusieron suero. Irma miraba el gotero. ¿Estás contento? Quieres que me despidan, ¿no es eso? Lo odiaba todavía más. Se terminó la ensalada de apio. Empezó la pechuga de pollo. Se divertía agitando los pedacitos ante la cara del viejo. Él abría la boca. Los ojos le brillaban. El esfuerzo le hacía temblar. Ella alejaba el pedacito de pollo. Se lo comía. Está bueno. El pollo está bueno. Eso la divertía. El viejo no tenía fuerzas para gritar, pero su mirada suplicaba. Ella no se dejaba ablandar. Se terminó la comida. Llevó al viejo al váter. Lo dejó allí. Se tumbó en la cama.

Cuando fregaba los pasillos, pensaba en el cocinero. Imaginaba que se acercaba a ella por detrás. Mientras estaba a cuatro patas en el suelo. Una vez se lo había hecho así en la despensa. Entonces ella se había acordado de los perros de la foto que tenía el viejo en la cartera. La había vuelto a mirar con más atención cuando por fin había cogido los billetes de diez Deutsche Mark. ¿De qué le servían a él? El viejo debía de ser uno de aquellos soldados. El de la izquierda. Reconocía sus grandes orejas. Delante de ellos, a cuatro patas, como si también fuera un perro, había un tipo muy delgado con una curiosa vestimenta a rayas. Los soldados lo miraban a él. Y él les hacía reír. Pero no reía.

El tiempo pasaba más deprisa cuando pensaba en el cocinero. Hacían el amor todas las tardes. Cuando volvía con la bandeja del viejo. Le gustaba sentirlo dentro de ella. ¿Tomas precauciones? Sí, había mentido ella. Está bien. Irma besaba sus manos de sirena.

El médico no lo entendía. Pese al suero. Pese a las comidas. Al viejo se le escapaba la vida.

Avisaron al alcalde.

Un día Irma se lo encontró en la habitación, sentado junto al viejo. Entraba con la bandeja. Ven. Ven. Dejó la bandeja en la mesita, cerca de la cama. El viejo estaba acostado. Con los ojos cerrados.

Ha llegado su hora, dijo el alcalde. Ha tenido una vida larga. Todos acabaremos así, añadió. Yo no, pensó Irma. Yo no acabaré así. Tengo tiempo. Tengo diecisiete años.

Gracias por lo que has hecho, continuó el alcalde. Irma no sabía a qué se refería. Ocuparse de las personas mayores es admirable. Eres una buena chica. Ella se encogió de hombros. El viejo soltó un gran estertor, como si hubiera rebuscado en todos los rincones de sus pulmones para encontrar un poco de aire. Ahora deberías dejarnos. Necesito estar solo con él. Irma volvió a coger la bandeja. Salió de la habitación. Bajó a la cocina. No sabía qué debía hacer. Fue a buscar el carrito, el cepillo, el cubo, los productos, la fregona... Empezó a limpiar los pasillos.

El viejo murió a última hora de la tarde.

Irma se enteró al día siguiente.

No sé qué hacer contigo. La directora estaba pensativa. La había llamado a su despacho. Miraba a la chica, que, plantada frente a ella, se retorcía las regordetas manos, cabizbaja. El alcalde es muy amable, pero ahora que su padre nos ha dejado, no tengo bastante trabajo para ti. ¿Lo entiendes? La chica se encogió de hombros. Dijo que sí porque le parecía que la directora esperaba una respuesta.

En fin... Eres joven. Te haré una carta de recomendación.

Llegó a casa hacia mediodía. ¿Te han echado? No. ¿Has hecho alguna gilipollez? No. ¿Qué voy a hacer contigo? Su madre, en bata, sacudía la cabeza. Irma se encogió de hombros. De todas maneras, era una mierda de trabajo.

Se fue a su habitación. Puso la música a todo volumen. Quiso bailar, pero de pronto le entraron ganas de vomitar. Se tumbó en la cama. Se puso la mano en el estómago. Se le pasó. Encendió un cigarrillo. Pensó en el viejo. En su cara de momia. En su boca. Ahuyentó la imagen con la de las manos del cocinero. Sus tatuajes de sirenas. Sus dedos, nerviosos y a la vez suaves. Su piel morena y tersa. Se dijo que esa tarde iría al Apokalypse. Que era libre. Que ya no tenía horarios. Que

al día siguiente podría dormir hasta mediodía. Que ya nadie le daría órdenes. Que ahora podría hacer lo que quisiera con su vida.

Estaba embarazada de siete semanas.

Aún no lo sabía.

Gnadentod

Dibujos inéditos de Franz Marc a subasta

El 26 de mayo, en el famoso hotel Drouot de París, saldrán a la venta cuarenta dibujos de Franz Marc (1880-1940), considerado actualmente uno de los mayores artistas de la primera mitad del siglo XX y asesinado por las autoridades nazis en la llamada Aktion T4, durante la que fueron gaseados cerca de ochenta mil discapacitados físicos y mentales, y numerosos pacientes de hospitales psiquiátricos. Para Viktoria Charles, profesora de Historia del Arte, especialista en la obra de Franz Marc y designada como experta para esta venta organizada por la casa de subastas Tajan, «la atribución de estos dibujos al fundador del Blaue Reiter no admite dudas». La profesora Charles añade que se trata de «un descubrimiento fundamental sobre la obra de Marc, puesto que los dibujos, que datan de julio de 1937, prueban que, contrariamente a lo que siempre se había creído, el artista no renunció al arte después de la Primera Guerra Mundial». El valor estimado de estos dibujos, que en su mayoría representan lobos y perros, se cifra en noventa mil euros.

Artículo firmado D.K.
en la edición del 16 de mayo de 2004
del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*

Expediente 21-AG-3206
Franz Moritz Wilhelm Marc
Nota FM 7140 3KTE

Hoy, 7 de enero de 1940, la Comisión de Investigación de Salud Pública sobre la evaluación de los pacientes ha tenido ocasión de estudiar el caso de Franz Moritz Wilhelm Marc, ciudadano alemán nacido el 8 de febrero de 1880 en Múnich. El sujeto, de 60 años de edad, permanece ingresado en el hospital público de Eglfing-Haar desde agosto de 1923, lo que lo convierte en su residente más antiguo.

Su expediente registra otras tres estancias de diversa duración en hospitales psiquiátricos, la primera, a raíz de su detención en Berlín el 5 de mayo de 1920 por alteración del orden público. El informe policial indica que en esos momentos el sujeto, subido a un banco de la Kirschen Strasse, se había desvestido poco a poco, plegando su ropa a medida que lo hacía y colocándosela en equilibrio sobre la cabeza, hasta quedar totalmente desnudo. Cuando los agentes se presentaron en el lugar e interrumpieron sus actividades, no dijo una sola palabra ni ofreció resistencia.

Durante el interrogatorio mantuvo el más absoluto mutismo, y no tardó en resultar evidente que el detenido requería atención psiquiátrica. Fue examinado por el doctor Schnigge, del Instituto P. B. Schotz, que le diagnóstico un trastorno esquizofrénico avanzado, de carácter catatónico, y aconsejó su inmediato internamiento. Su esposa, Maria Marc, de soltera Franck, no se opuso a ello. En consecuencia, el sujeto pasó cinco meses en el mencionado instituto, donde recibió tratamiento a base de electricidad, que dio sus frutos, puesto que los médicos declararon al paciente apto para salir del centro a mediados de octubre de 1920.

El expediente de Franz Marc indica que, a principios de marzo de 1921, se presentó en la puerta del instituto por voluntad propia. Su

mujer no estaba al tanto de sus intenciones. El sujeto no justificó su iniciativa y guardó silencio ante las preguntas de los médicos. El doctor Willart, sucesor del doctor Schnigge, fallecido en diciembre de 1920, decidió ingresarlo. Esta vez la estancia duró cerca de un año. Los médicos continuaron con el tratamiento con electricidad, que el paciente soportaba bien. No tuvo ningún ataque de consideración, y una vez más se decidió poner fin a su permanencia en el instituto.

Franz Marc salió del mismo el 3 de febrero de 1922. Se supone que volvió a convivir con su esposa, que se había instalado en Múnich, donde sigue residiendo en la actualidad.

Durante el verano de 1923 varios informes de la policía detallan incidentes menores en los que estuvo implicado Franz Marc. Todos tuvieron lugar en el Englischer Garten de Múnich, la mayoría cerca de la Torre China. Marc fue sorprendido gateando por el césped lenta y sigilosamente, según las declaraciones de los testigos, como un soldado que se prepara para atacar, en dirección a los clientes sentados en el Biergarten. En ningún momento se mostró violento, pero su comportamiento acabó asustando a los niños y molestando al público. Los vigilantes del parque avisaron a la policía. Marc no opuso resistencia durante su detención del 5 de agosto de 1923. Su esposa firmó su ingreso en el hospital psiquiátrico de Eglfing-Haar, en el que permanece desde entonces.

A lo largo de los años Franz Marc fue sometido a curas eléctricas, que, no obstante, cesaron cuando los médicos advirtieron que el paciente no sufría crisis peligrosas para él mismo o para los demás. Dócil y tranquilo, siempre callado, a lo largo del tiempo realizó diferentes tareas en el interior del centro, poniendo todo su empeño en efectuar los trabajos que se le encomendaban: cuidar el jardín, limpiar suelos, aseos y retretes, confeccionar bolsas de papel, pelar verduras... Los informes mencionan una sola negativa, que se produjo cuando quisieron encargarle tareas de pintura durante la reforma de un dormitorio colectivo. Arrojó al suelo las brochas que le habían entregado y volcó los tarros de pintura.

El hecho resulta tanto más sorprendente cuanto que Marc, hijo de pintor, había estudiado a su vez pintura en la Academia de Bellas

Artes de Múnich y desarrollado una carrera artística hasta la Gran Guerra, gozando de cierto éxito entre una sociedad decadente y corrompida, responsable en gran medida del desastre de la derrota, como hoy bien sabemos. Pero seguramente el trauma de la guerra actuó en él como una revelación, permitiéndole rechazar con fuerza los cantos de sirena de un arte que no podía conducir a nada, puesto que no era más que impostura y fermento de degeneración.

Desde este punto de vista, resulta muy reveladora la lectura del informe redactado por el doctor Gästner tras la visita que realizó el 28 de junio de 1937 con algunos de los pacientes más tranquilos, entre los que estaba Franz Marc, a la ejemplarizante exposición «Entartete Kunst», abierta al público en el patio del Instituto Arqueológico desde comienzos del mismo mes. Entre las obras presentadas, algunas eran de la autoría del propio Marc; pero, cuando el doctor Gästner lo puso ante ellas para observar su reacción, constató que Marc no manifestaba ninguna emoción ni sentimiento. Al recordarle que había sido él mismo quien las había pintado en su día, el paciente, lejos de reaccionar, se alejó de ellas.

Más tarde, cuando esa misma mañana el grupo visitó la Casa del Arte Alemán, situada frente a la exposición, el doctor Gästner comprobó que la actitud de Marc cambiaba y que el enfermo parecía mostrar un gran interés por las obras allí presentes, que daban testimonio del genio alemán. En concreto, advirtió que el sujeto permaneció largo rato ante la obra maestra de Adolf Ziegler *Los cuatro elementos*, propiedad de nuestro Führer, que había tenido la gentileza de prestarla para que los visitantes pudieran disfrutarla.

«El rostro del paciente se transformó —escribe el doctor Gästner—. En sus facciones apareció una sonrisa, hecho que yo no había observado hasta entonces, porque el enfermo nunca abandonaba una expresión ausente y estupefacta. Sin duda, pese a la confusión de su mente, la fuerza y la grandeza de la obra consiguieron emocionarlo, lo que quizá demuestra que, cuando alcanza una alta excelencia y se adorna con virtudes edificantes, el arte es capaz de penetrar hasta en las psiques más dañadas.»

Tras este descubrimiento el médico intentó resucitar en el paciente

el gusto por el dibujo y la pintura, con la esperanza de lograr una mejoría de su estado. En tres ocasiones lo invitó a instalarse ante una mesa en la que había colocado hojas de papel, lápices, unos cuantos pinceles y pinturas. Marc permaneció sentado dos horas sin tocar ninguno de los objetos mencionados, con la mirada fija en la pared que tenía enfrente. El médico puso fin a esas experiencias.

El análisis clínico al que hemos sometido a Franz Marc evidencia un estado de salud general satisfactorio. El examen cardiológico no muestra ninguna anomalía. La tensión es normal y el pulso, regular. El registro de enfermería da fe de la buena constitución y de la resistencia del sujeto, puesto que, durante todos estos años, ha padecido la gripe una sola vez y nunca ha recibido tratamiento por ninguna otra patología.

Herido en 1916 por un trozo de metralla durante la batalla de Verdún, Franz Marc fue sometido a una trepanación. Quedó sordo del oído izquierdo y el derecho sufrió una pérdida de audición estimada en las tres cuartas partes de la normal. Cabe suponer que dicha pérdida ha aumentado ligeramente con la edad, aunque el examen no ha podido demostrarlo, debido a la total falta de cooperación del sujeto, que no reaccionó ante las diferentes preguntas y peticiones de nuestra comisión.

Finalizaremos este informe mencionando el hecho de que Franz Marc no tiene más familia que su esposa, que viene a visitarlo cada 8 de febrero, día de su cumpleaños, y cada 22 de julio, que parece ser el aniversario del día en que se conocieron. El personal consultado afirma que el sujeto se muestra totalmente indiferente ante esas visitas y no parece reconocer a su mujer. En cuanto a ésta, hace compañía al paciente durante una hora, cogiéndole la mano y tratando de hablar con él, pero nunca obtiene respuesta.

Heil Hitler!

Informe redactado por
los abajo firmantes,
el doctor Emil Löre y el doctor
Ferdinand Breyer,

y trasladado al Comité encargado
de los hospitales psiquiátricos del Reich.

Eglfing-Haar, 7 de enero de 1940

Subasta récord

La venta de arte contemporáneo organizada por la casa Tajan el 24 de mayo dio lugar a algunas subastas excepcionales, entre ellas la correspondiente a una serie de dibujos atribuidos a Franz Marc (1880-1940), uno de los principales artistas de la vanguardia alemana de principios del siglo xx. De hecho, un coleccionista privado obtuvo el lote por la suma de 430.000 euros, excluidos los gastos de venta, lo que constituye un récord mundial para dibujos de dicho artista.

Artículo firmado F. H.,
edición del 28 de mayo de 2004
del periódico *Le Monde*

Expediente 21-AG-3206
Franz Moritz Wilhelm Marc
Notificación CVT-54-H-45832

En el día de hoy, 16 de febrero de 1940, la Comisión de Higiene ha examinado el expediente 21-AG-3206, relativo al paciente Franz Wilhem Marc, así como el informe de los doctores Emil Löre y Ferdinand Breyer redactado el 7 de enero de 1940 tras su visita al hospital psiquiátrico de Eglfing-Haar en el marco de la investigación de salud pública sobre la evaluación de los pacientes y registrado con la signatura FM 7140 3KTE.

Parece evidente que la comisión carece de competencia para pronunciarse sobre el caso de Franz Marc, debido al hecho consignado por los dos médicos investigadores en su informe, que recuerda la condición de antiguo combatiente de la Gran Guerra del paciente.

En consecuencia, la comisión solicita el parecer del profesor Jennerwein, única persona autorizada en estos casos para tomar una decisión justa, para el bien del paciente y respetando al mismo.

Heil Hitler!

Por la Comisión de Higiene,
el subdirector,
doctor Ernst Von Haggen.

Berlín, 16 de febrero de 1940

«Un biógrafo tiene derecho a reinventar la vida que estudia»

Con motivo de la aparición del libro *Franz Marc, una biografía* (Carl Hanser, Múnich, 2016), hemos conversado con su autor, Wilfried F. Schoeller, que está en el centro de la encendida polémica iniciada tanto por historiadores como por la Dirección de los Archivos Nacionales e importantes actores del mercado del arte.

Der Spiegel: ¿Le gusta el escándalo?

Wilfried F. Schoeller: No especialmente. Me gusta la tranquilidad, pero odio la mentira.

DS: ¿Cómo vive esta tempestad en la que se encuentra inmerso?

WFS: Tarde o temprano amainará. No se preocupe, no pienso ahogarme.

DS: Su libro sobre Franz Marc se presenta como una biografía, es decir, el relato fidedigno de una vida. Pero en él asegura usted que el pintor no murió en 1940, como afirman todas las enciclopedias, sino en 1916. Así pues, ¿biografía o novela?

WFS: Me reafirmo en la denominación «biografía», si no, habría usado la de «novela». Pero un biógrafo tiene el derecho, e incluso el deber, de reinventar la vida que estudia. Antes de mi libro, como acaba de recordar usted, se admitía que Franz Marc sobrevivió a su grave herida de guerra y se convirtió en un individuo asocial que se encerró cada vez más en sí mismo, hasta el punto de permanecer internado largos años, antes de desaparecer durante el exterminio de los enfermos mentales y los discapacitados impulsado por el Tercer Reich.

DS: Pero de eso hay pruebas...

WFS: ¿Pruebas? Hablemos de ellas. ¿Qué pruebas? Las pruebas fundamentales, que he podido consultar, están en los archivos federales reunidos en la sección *Euthanasie-Verbrechen-Zentralarchiv*.

Los documentos proceden de las oficinas de la Aktion T4. En la mayoría de ellos, como se sabe muy bien y desde hace mucho tiempo, se cambiaron los nombres de las personas; quienes firman los informes utilizan constantemente seudónimos y relatan los hechos disfrazándolos, modificando los lugares y las fechas. Si el exterminio de enfermos fue una realidad espantosa que sería criminal negar, los documentos que organizan o describen esas acciones tienen más bien las características de una obra de ficción y adoptan sus procedimientos. La única prueba relativa a Franz Marc que considero admisible es que no vuelve a aparecer como artista, ni siquiera como individuo, después de la fecha de 1916 en la que es alcanzado por un trozo de metralla. Los documentos que atestiguan su existencia más allá de ese momento son precisamente los conservados en esos archivos, que fueron redactados por los médicos nazis y sus colaboradores. Ya he dicho lo que opino de ellos. No encontrará usted ningún pintor que lo conociera, ningún marchante, ningún crítico capaz de relatar una sola anécdota que pruebe que no murió en el momento en que yo digo.

DS: ¿Qué interés podía tener el régimen nazi en hacer «sobrevivir» a Franz Marc?

WFS: En primer lugar, le rogaría que tuviera en cuenta el hecho de que la lógica y la mentalidad de los nazis eran muy diferentes de las nuestras. Lo que motivaba sus acciones y sus decisiones no era la razón. Por consiguiente, no se pueden ofrecer más que hipótesis, porque, afortunadamente, nosotros no razonamos con los cerebros enfermos que tenían ellos. Un régimen siempre necesita arrepentidos, porque sus palabras de retractación resuenan con mucha más fuerza que las declaraciones de quienes se adhieren de inmediato e incondicionalmente al nuevo discurso. Si de pronto el régimen consigue exhibir a un artista que deja de producir una obra considerada «degenerada» y decide, por ejemplo, renunciar a crear, o incluso se entusiasma por la pintura oficial, como un informe de la Aktion T4, que reproduzco en mi libro, parece sugerir, el peso que eso puede llegar a tener en algunas mentes es fácil de comprender.

DS: ¿Se refiere al informe que menciona una visita de Franz Marc y

otros internos a la exposición de 1937 sobre el arte degenerado?

WFS: Efectivamente. Un puro delirio.

DS: Pero ¿por qué los nazis iban a tomarse tantas molestias en simular la existencia de Franz Marc en un manicomio, oculto a todas las miradas y pasando los días de la forma más discreta posible? Desde luego, no era el mejor modo de convertirlo en un instrumento de propaganda. El mundo no se enteró. Los nazis lo hicieron vivir y morir lejos de cualquier mirada exterior, eso no se sostiene.

WFS: ¿Y de qué estamos hablando usted y yo en estos momentos sino de eso?

DS: Estamos en 2016. El nazismo se desplomó hace más de setenta años.

WFS: Pero no se desplomó del todo, puesto que todavía seguimos polemizando, como usted y yo ahora, sobre lo que hicieron o dejaron de hacer. Me parece que hay algo esencial que es necesario saber: quienes crearon ese régimen y quienes lo sirvieron ambicionaban que durara mil años. El régimen carecía de la medida de una vida humana, y una de sus grandes tareas, a la que quizá no damos todavía la debida importancia, era crear una memoria de la humanidad que no tenía nada en común con la memoria real de esa misma humanidad. Constantemente el régimen intentaba deconstruir la realidad cuando ésta lo contradecía y amenazaba con perjudicarlo, y sustituirla por una realidad a su servicio y su mayor gloria.

DS: Y según usted ¿la «falsa vida» de Franz Marc servía a ese propósito?

WFS: Sí, como muchas otras mistificaciones: miles de piedrecitas, granos de arena introducidos en el mecanismo de la memoria y de la realidad.

DS: Pero ¿por qué se tomarían tantas molestias? ¿No es dar demasiada importancia al aleccionamiento que podía representar la renuncia de Franz Marc y su entusiasmo ante las representaciones del arte oficial? ¿A quién habría podido influenciar eso?

WFS: Una vez más, eso afecta no tanto a personas concretas como a la memoria general y colectiva de la humanidad. Los nazis pensaban ya en cómo hablaría de ellos la historia. Trabajaban para destruir el

presente para reescribir mejor el futuro. Ésa es sin duda la parte más diabólica de su acción, cuyas consecuencias no hemos acabado de descubrir: exterminaron a millones de seres humanos, pero también pugnaron por exterminar la memoria.

DS: Pero los documentos que atestiguan la existencia de Franz Marc hasta 1940 son los mismos que revelan la maquinaria del exterminio puesta en funcionamiento por los nazis. ¿No le parece paradójico que crearan documentos falsos que también permiten condenar a quienes los hicieron por desmanes que, en sí mismos, son incuestionables?

WFS: ¿Confesar lo peor no es el mejor modo de hacer creíble lo falso? Si lo peor es verdad y se confiesa, entonces lo que no es tan malo es tanto más cierto.

DS: ¿Y qué me dice de los dibujos que salieron a la venta en 2004 en París? Los expertos los atribuyeron de forma inequívoca a Franz Marc. Estaban fechados en julio de 1937. Es decir, veintiún años después de la muerte que usted le supone. En su obra ni siquiera los menciona...

WFS: Porque no merece la pena. Porque no quiero dejar suponer ni por un instante que los tengo en cuenta, ni siquiera negando su verdad y su existencia. Esos dibujos no existen.

DS: Seguramente podrían llevarlo ante los tribunales por esas palabras. Hubo una subasta y los dibujos se vendieron por una fortuna, y todo se hizo a plena luz del día.

WFS: ¿A plena luz del día? ¿Ha visto usted los dibujos? Yo no. No había catálogo. Sólo podías contemplarlos durante dos horas de exposición. Se colocaron en vitrinas. Era imposible examinarlos concienzudamente.

DS: Los autentificó una experta.

WFS: La palabra de una experta, por muy competente y honesta que sea, no es el evangelio.

DS: ¿Sugiere usted que quien desembolsó más de 400.000 euros se dejó robar?

WFS: Hay un buen número de nostálgicos del nazismo que, de una forma u otra, tratan de mantener vivo y hacer resurgir su espíritu. ¿Quién desembolsó esa cantidad? Un postor anónimo, por teléfono. ¿Quién era el vendedor? También quiso mantener el anonimato.

¿Cómo obtuvo los dibujos? Nadie lo sabe. ¿Se han vuelto a ver esos dibujos alguna vez? Nunca.

DS: ¿Así pues...?

WFS: Así pues, espero que alguien me demuestre que existen.

DS: Mientras escribía su libro, ¿pensó en la viuda de Franz Marc? Murió en 1955. ¿No le parece que, si hubiera conocido su tesis, habría reaccionado muy violentamente?

WFS: Ya no está entre nosotros.

DS: No, es lo que acabo de decir. Pero imaginemos por un momento que estuviera.

WFS: Su pregunta prueba que, cuando le conviene, también usted está dispuesto a olvidarse de las evidencias, del curso de determinadas vidas y de la muerte misma.

DS: No ha respondido a mi pregunta.

WFS: No añadiré nada más.

Entrevista realizada por Edgar Bahrein
y publicada en *Der Spiegel*
el 19 de abril de 2016

Expediente 21-AG-3206
Franz Moritz Wilhelm Marc
Acta 231-XTU-GRAQ-56

En el día de hoy, 23 de febrero de 1940, la secretaría del profesor Jennerwein ha examinado el expediente 21-AG-3206, relativo al paciente Franz Moritz Wilhem Marc, así como la notificación CVT-54-H-45832 de la Comisión de Higiene.

El estudio en profundidad de todos los documentos reunidos y la lectura atenta de los informes médicos ponen de manifiesto que sería de la mayor humanidad que, tras una vida larga y llena de sufrimiento, el paciente Franz Marc pudiera beneficiarse del programa creado, conforme a la voluntad del Führer, para aliviar a los enfermos más discapacitados cuyo estado de salud, desgraciadamente, no permite esperar una mejoría.

Heil Hitler!

Secretaría del profesor Jennerwein

Berlín, 23 de febrero de 1940

Franz Marc (1880-1940), pintor y grabador bávaro

Franz Moritz Wilhem nació el 8 de febrero de 1880 en Múnich. Su padre, pintor, trabajó principalmente para Luis II de Baviera. Comienza sus estudios en la Academia de Bellas Artes de Múnich, pero los interrumpe repentinamente sin motivo conocido.

Fascinado por los animales, en particular los caballos, los convierte en el centro de su trabajo. Una estancia en París lo pone en contacto con la obra de los pintores Van Gogh y Gauguin, cuya influencia recibirá.

De regreso en Alemania, frecuenta a numerosos artistas y coleccionistas. En 1910 se instala en Indersdorf, cerca de Dachau. Al año siguiente conoce a Vassily Kandinsky, quien resultará determinante para su trayectoria. Crea con él Der Blaue Reiter y adquiere renombre por sus variaciones sobre el tema del Caballo Azul. Más tarde, influido por el trabajo de los futuristas italianos y el francés Robert Delaunay, se orienta hacia la abstracción.

Al estallar la Primera Guerra Mundial se alista como voluntario. En marzo de 1916, durante una misión de reconocimiento cerca de Verdún, es gravemente herido por un trozo de metralla.

Sometido a una trepanación, recibió tratamiento durante mucho tiempo y se quedó completamente sordo del oído izquierdo. Al acabar la guerra, pese a los ruegos de su galerista, sus amigos pintores y diversos coleccionistas, decide poner fin a su carrera de pintor argumentando que «Ni el mundo ni los seres humanos merecen ser pintados», como escribe en una madera grabada, que será su última obra, consistente en esa única frase, sin ningún motivo ni figura.

Decide ordenarse pastor, pero acaba abandonando ese camino. Entra como redactor en una agencia publicitaria de Berlín, para la que trabaja hasta principios de 1920. Por esa época, un incidente provoca su internamiento en una unidad de psiquiatría.

A partir de ese momento sus ingresos en hospitales psiquiátricos serán cada vez más frecuentes hasta que ya no los abandonará. Muere en Gomadingen el 16 de marzo de 1940 a la edad de sesenta años, al parecer de un paro cardiaco.

Su obra, marcada por el sentido del color, la geometría y el movimiento, gozó de gran éxito antes de la Primera Guerra Mundial, y luego cayó en el olvido. Hoy asistimos a un tímido redescubrimiento de su singularidad.

Entrada firmada E.K. en la
Enciclopediade los pintores
y grabadores alemanes,
Vertüge und Schaffler Verlage,
Colonia, 1954

Expediente 21-AG-3206
Franz Moritz Wilhelm Marc
Copia de la carta FMWM-453-A

El director de la Fundación Benéfica de Tratamientos Hospitalarios, doctor Wilfried Schnee

a

la señora Maria Marc, Blumen Strasse, 45, Múnich

Apreciada señora:

Es mi deber comunicarle que, en el marco de una operación decidida por las más altas instancias con el objetivo de situar a nuestros pacientes en lugares menos expuestos a los peligros inherentes a la guerra, hemos trasladado a su marido, Franz Moritz Wilhem Marc, a un centro en el que podrá seguir recibiendo los cuidados que necesita.

Por razones evidentes de seguridad, de momento no puedo proporcionarle más detalles sobre su nuevo lugar de acogida, pero no dejaré de dirigirme de nuevo a usted cuando me sea posible dárselos.

Reciba mis más respetuosos saludos.

Heil Hitler!

Doctor Wilfried Schnee

Berlín, 3 de marzo de 1940

«El Reichsleiter Bouhler y el doctor Brandt son los responsables de ampliar el ámbito de competencia de determinados médicos, expresamente designados, para que los pacientes considerados incurables, en la medida en que el entendimiento humano puede juzgarlo tras un diagnóstico exhaustivo, tengan derecho a una muerte piadosa.»

Adolf Hitler, 1 de septiembre de 1939

Carta abierta del doctor Friedrich Untermalher

Mi carácter no me anima a abandonar la sombra discreta en la que ha transcurrido toda mi vida, pero una reciente campaña destinada a poner en duda la autenticidad de unos dibujos de Franz Marc sacados a subasta hace unos años, y más allá de la honradez de quienes organizaron esa venta, me empuja a tomar la palabra públicamente.

Me llamo Friedrich Untermalher y tengo setenta y tres años. Nací en Múnich y nunca he dejado esta ciudad, en la que he ejercido la medicina durante más de cuarenta años. Fui yo quien, a la muerte de mi padre, a principios de la década de 2000, descubrí en su casa una carpeta que contenía 38 dibujos realizados con lápiz negro, algunos de los cuales estaban realzados con colores. Todos tenían el mismo formato: 40 centímetros por 30. Once de ellos llevaban una firma claramente visible y característica: «Fr Marc.»

Aunque no soy un especialista en la historia del arte, me considero un amante de la pintura y, por supuesto, conocía el nombre de Franz Marc. Mi padre, Viktor Untermalher, trabajó en el hospital psiquiátrico de Eglfing-Haar entre 1933 y 1974 como operario de mantenimiento. Era un hombre sencillo y cumplidor que sentía un gran respeto por la institución para la que trabajaba, su personal y los pacientes ingresados en ella. A lo largo de los años muchos de estos últimos le habían hecho pequeños regalos, en su mayoría objetos realizados en los talleres en los que se les permitía trabajar. Mi padre los guardó en un baúl que conservaba en el desván y en cuya tapa pegó una etiqueta, escrita de su puño y letra, con el nombre del Instituto Psiquiátrico de Eglfing-Haar.

Fue en ese baúl, entre muñecas de trapo, tarros de tabaco de arcilla y trozos de corteza de pino que llevaban grabadas sus iniciales, donde encontré la carpeta con los dibujos. Mi padre nunca me había hablado de ellos; yo tampoco le había oído mencionar el nombre de Franz

Marc, ni que hubiese habido un pintor famoso entre los pacientes con los que convivió durante cuarenta años. Mi padre era un hombre sencillo que nunca había estudiado. Seguramente, ignoraba quién era Franz Marc. Debió de recibir los dibujos como recibía los demás regalos de los pacientes, sin adjudicarles mucho valor, pero los conservó de todos modos a lo largo de los años, sin duda por respeto hacia quienes se los habían regalado.

No comprendí la importancia de mi descubrimiento de inmediato. Ignoraba que Franz Marc no había vuelto a pintar ni dibujar después de la guerra. Sin embargo, al ver lo que contenía la carpeta, me impresionó la gran belleza de los dibujos, su pureza, la armonía de los colores, cuando se habían empleado. Aunque todos ellos representaban animales, perros, lobos, zorros, fieras, de las escenas no se desprendía la violencia o la crueldad que habría podido esperarse de esas especies; al contrario: emanaban una armonía y una dulzura como captadas en los primeros tiempos de un mundo edénico y apacible, antes de que el hombre pusiera en él sus mortíferas zarpas.

Solicité la opinión de un historiador del arte al que conozco, y éste, tras confirmarme que los dibujos eran con toda evidencia de Franz Marc, me informó de que el artista no había vuelto a pintar tras el final de la Primera Guerra Mundial y de que, efectivamente, había pasado muchos años en el Instituto de Eglfing-Haar, hasta su muerte en 1940, con toda probabilidad, en el marco de la Aktion T4.

Siguiendo su consejo, me puse en contacto con la casa de subastas Tajan, con sede en París, ciudad que, como se sabe, es uno de los principales centros del mercado del arte. El subastador consultó con un experto, que autentificó los dibujos. A continuación expresé el deseo de que no se imprimiera ningún catálogo con reproducciones y pedí que el tiempo de exposición fuera limitado. Los dibujos habían dormido en el secreto de un desván durante décadas. Al dárselos a mi padre, el pintor había elegido no hacerlos públicos. Me pareció que actuando de ese modo seguía respetando su voluntad.

La venta alcanzó las cifras conocidas. El comprador prefirió permanecer anónimo. Él existe realmente, como lo demuestra el cheque del producto de la venta, que recibí algún tiempo después.

Doné la totalidad de la suma a tres centros psiquiátricos de Baviera. De hecho, fue la perspectiva de esas futuras donaciones lo que me decidió a vender los dibujos. De esa manera creía rendir homenaje tanto al propio artista y a los años que pasó en el universo psiquiátrico como a mi padre, que con su trabajo intentó estar lo más cerca posible de una humanidad sufriente.

No diré nada más, porque no hay nada más que decir. Una obra reciente, etiquetada falsamente como biografía, expone con complacencia, maquillada con acentos de verdad, lo que el autor considera que fue la vida de Franz Marc. En diversas entrevistas posteriores a la aparición de su libro, el autor negó la realidad de la existencia de los dibujos y de su venta.

Espero haber aclarado las cosas y no tener que hacerlo nunca más en el futuro.

Doctor Friedrich Untermalher

Esta carta apareció simultáneamente
en tres periódicos europeos, el
Süddeutsche Zeitung, *Le Monde*
y el *Corriere della Sera*,
la semana del 6 de junio de 2016

Expediente 21-AG-3206
Franz Moritz Wilhelm Marc
Copia de la carta FMWM-541-B

El director de la Fundación Benéfica de Tratamientos Hospitalarios, doctor Wilfried Schnee

a

la señora Maria Marc, Blumen Strasse, 45, Múnich

Apreciada Señora:

Lamento trasmitirle la trágica noticia del fallecimiento de su esposo, Franz Moritz Wilhelm Marc, ocurrido en el Instituto de Grafeneck, Gomadingen, Bade-Wurtemberg, al que acababa de ser trasladado.

Franz Marc fue víctima de un paro cardiaco, y desgraciadamente los médicos no pudieron hacer nada para salvarlo.

Su deceso fue constatado el 16 de marzo a las 15.12 h.

Le ruego acepte mis condolencias, así como las de la unidad que tengo el honor de dirigir.

Dado que las circunstancias actuales no permiten que los cuerpos de los difuntos sean entregados a sus familias, se ha tomado la decisión de incinerarlos. En la urna que acompaña esta carta encontrará las cenizas de su esposo.

Reciba mis más respetuosos saludos y el testimonio de mi compasión más sincera.

Heil Hitler!

Doctor Wilfried Schnee

Berlín, 3 de abril de 1940

Die Kleine

A menudo, al abrir los ojos, la pequeña se preguntaba si seguía siendo de noche, una noche que se eternizaba, así como los sueños, o si pronto se haría de día y llegarían las cosas verdaderas. Los dos mundos tenían luces y dolores, y no sabía cuál era más suave con ella, si el de la noche o el del día.

La habitación todavía a oscuras, la cama caliente, en la que se desperezó, el camisón, que le estaba grande y le llegaba hasta los pies, los calcetines de lana retorcidos que los cubrían y en los que nadaban un poco y aquella almohada junto a la suya, vacía pero impregnada del olor de la mujer, fuerte, un poco acre, con un toque de fuego de leña verde, todo eso, ¿pertenecía a un cuento, a una leyenda, como las que le contaba su padre cuando iba a verlo a la habitación donde habitualmente lo encontraba sentado en el suelo, sobre la alfombra, con un montón de libros alrededor? Al verla él le sonreía e, interrumpiendo la lectura, la sentaba sobre sus rodillas, le acariciaba la cara, le besaba los párpados y la llamaba con los nombres cariñosos que inventaba cada día. Y allí, en aquella habitación que olía tan bien, a libros viejos, tabaco de pipa y té, en aquella habitación iluminada solamente por las dos bombillitas desnudas que caían del techo poniendo en blanco sus ojos ovalados, le contaba al oído las fábulas que su propio padre le había contado a él antaño, en las que los bosques, con todos sus árboles, echaban a andar para cambiar de país, las casas conversaban unas con otras de calle en calle y los niños volaban por los aires siguiendo a cigüeñas sabias.

La voz del padre siempre olía a tabaco. Mientras leía, fumaba en la pipa y, como era muy distraído y leía del amanecer a la noche, a veces se sentaba a la mesa para cenar y empezaba a comer con la boquilla de la pipa todavía entre los labios, lo que hacía reír a la pequeña. Su madre también reía, y la pequeña guardaba esa risa en un pañuelo anudado, como si fuera un trozo de pan, todo un tesoro para quien está hambriento.

A menudo imaginaba el pañuelo y su tesoro. Contenía la risa de su madre, la pipa, el olor de su padre, los libros, los grandes ojos de su hermano pequeño y muchas otras cosas muy valiosas. Cuando estaba tranquila y se sabía sola, ataba y desataba las cuatro puntas del pañuelo muy seria y volvía a guardar en él o a sacar sus tesoros, la risa de su madre y sus pechos hinchados, sobre los que ella se dormía a menudo, las rodillas de su padre, sentado con las piernas cruzadas en la alfombra, cuya áspera trama a ella le gustaba sentir bajo la palma de la mano, la boquilla de la pipa saliendo de su boca, los libros, esparcidos por toda la habitación de las dos bombillas, la imagen de su hermano pequeño en la cuna, cuyas regordetas facciones asomaban apenas de la mantilla.

Sólo cuando se pasaba la mano por la cabeza podía saber si estaba en el sueño o en la realidad. En el sueño palpaba los rizos, adivinaba el color negro, la consistencia grasienta y enmarañada. En la realidad, su mano se posaba en la piel desnuda y seca. Sus dedos se deslizaban por el cráneo pelado, pequeño como el de un pájaro, con hoyos y chichones, bultos y costuras aquí y allí, como si lo hubieran remendado burdamente, y también costras, que, cuando se las tocaba, le parecía estar acariciando la luna, cuya pálida y abollada redondez le gustaba contemplar en el cielo nocturno.

Todos los días se repetía su edad, que aún no había alcanzado las dos cifras, y su nombre, así como el de su madre, el de su padre y el nombre de su hermano pequeño, el nombre de la ciudad en la que habían vivido, de la calle en la que estaba su piso, con la zapatería en la planta baja y, justo al lado, la tienda de ultramarinos del hombre gordo que olía a ajo y a veces le daba un caramelo, y la mercería que vendía los hilos y las telas, y, al final de la calle, la sinagoga, a la que su padre iba todos los días con otros hombres.

Decía todo eso en su fuero interno, muy deprisa y varias veces, para no perder nada, para no dejar caer esa parte del tesoro en la grieta que se había abierto en la tierra, bajo ella, entre sus piernas, a sus pies, sí, allí, donde se había producido la desaparición. Porque casi todo, personas, nombres, paisajes, palabras y olores, había desaparecido, y cuando pensaba en ello y volvía a llevar a su mente

todo lo que sabía, todo lo que conocía del mundo, de los demás y de sí misma, con un esfuerzo que la mareaba y, a veces, le provocaba fiebre, se daba cuenta de que su jovencísima memoria era una casa sin puerta ni ventanas y de que el viento se colaba por todas partes y se llevaba consigo todo lo que ella no podía fijar firmemente a las paredes.

Su cabeza tenía agujeros. Como su vida, ya. De la casa que recordaba sólo quedaban paredes derruidas. A veces eso la hacía reír. Y otras, llorar. En un mismo minuto podía pasar de la risa a las lágrimas, o viceversa.

Hablaba dentro de su cabeza. En realidad, ahora ya no hablaba más que allí. Su boca permanecía cerrada todo el tiempo, de ahí que a veces la mujer le dijera que se parecía a su padre, y la pequeña se preguntaba si el padre de la mujer también tenía una pipa entre los dientes, una barba larga y cálida, una gran sonrisa y libros siempre en las manos.

Le costaba imaginarse a la mujer con su padre, porque la mujer era vieja. Más vieja que la madre de la pequeña. Sus pechos tocaban la parte superior de su vientre y tenía la frente surcada por líneas que recorrían la piel en todas direcciones, como si se las hubieran grabado con un punzón.

Una vez por semana la mujer le decía a la pequeña que la siguiera, y las dos iban por la calle del pueblo y se detenían delante de una de las ruinas, que había sido una iglesia y estaba rematada por una especie de gran diente negro. En ese sitio la tierra amontonada formaba un abombamiento y, en lo alto de él, la gente había colocado cruces de madera y flores. Había muchas cruces. La mujer y ella se quedaban unos instantes haciendo compañía a las cruces. La mujer limpiaba una en concreto. Le pasaba una esponja a la madera. Le ponía una flor al pie, cuando encontraba alguna en el jardín. Su padre debía de ser eso, una cruz clavada en la tierra.

Cuando dormía profundamente la mujer roncaba, y entonces la pequeña le tocaba los pechos a través del camisón. Estaban blandos y flojos. Vacíos. No contenían leche. Lo había comprobado una noche que a la mujer se le había levantado el camisón mientras dormía y un

pecho había quedado al descubierto. La pequeña había aplicado los labios al pezón, como su madre, para divertirla, le decía que hiciera cuando le daba de mamar a su hermano, y entonces ella notaba en la boca el líquido caliente, claro, un poco agrio. Pero esa noche no había salido nada. Los pechos de la mujer eran viejos pechos inútiles, envoltorios vacíos, como saquitos de grano que se guardan aunque ya no contengan nada.

Durante el día la pequeña jugaba con el pañuelo que tenía en la cabeza y que impedía que las cosas desaparecieran en los agujeros de la casa de su recuerdo y también que se la tragaran a ella. Cuando el tiempo lo permitía, se sentaba delante del granero, bajo el tejadillo de hierro, en el suelo, que en ese sitio era de tierra batida. Se recostaba en el muro de ladrillos. Delante de ella, a la izquierda, estaba la vivienda de la granja, de la que la mujer salía para tender la ropa, echar grano o peladuras a las gallinas, ir a los campos o los huertos, o cavar en el jardín, en el que crecían plantas cuyos nombres la pequeña no conocía. A la derecha estaba el establo, con la vaca, y, pegado a él, un edificio aún más bajo, vacío, en el que le gustaba entrar de vez en cuando.

Cuando estaba sentada así, con la espalda apoyada en la pared del granero, sin sentir frío ni calor y con tiempo por delante, cerraba los ojos y desanudaba el pañuelo en su cabeza. Comprobaba que no faltara nada de lo que contenía, nombres, rostros, momentos, el color de la colcha de su cama, la cara mofletuda, con los párpados hinchados, de su hermano pequeño, el sonido de la voz de su padre, el de la voz de su madre, el olor de ambos, el sabor de los pastelillos de queso que hacía su madre y muchas otras cosas. Se aseguraba de que todo seguía en su sitio en el interior del pañuelo y de que con su contenido podía revivir todo lo que había vivido, cosa que hacía sin cansarse nunca, combinando los nombres y las escenas en un orden distinto cada día, sin preocuparse por el rigor ni la lógica.

Durante esos momentos tenía cuidado de no pasarse las manos por la cabeza. Apoyaba las palmas en el suelo, sobre el polvo y los restos de paja, porque no quería saber, al tocar su hermoso pelo rizado o las costras de su cuero cabelludo, si estaba en el sueño o en la vida real.

En la casa rascaba con las uñas la vela que había en el cajón de la mesa de la cocina, hacía delicadas bolitas lisas de color marfil, que se ablandaban con el calor de sus dedos, y se las metía en los oídos. De ese modo, como por arte de magia, el mundo se quedaba en silencio. La mujer la dejaba hacer, pero de vez en cuando le echaba un vistazo, mientras se afanaba en limpiar el horno con un estropajo metálico, pelar verdura o remendar un calcetín en el que había metido un huevo.

A veces también le cosía vestidos. Cogía de un baúl del desván un vestido que olía a otros tiempos. Le hacía ponérselo, clavaba alfileres en la tela, la cortaba una y otra vez y luego cosía de nuevo las heridas que había hecho para que el vestido fuera de la talla de la pequeña, que era alta pero delgada.

La mujer la trataba sin ternura ni maldad. No intentaba ser su madre. Tampoco hacerle daño. Simplemente vivían una al lado de la otra. La mujer le procuraba comida, ropa, un techo y una cama. La pequeña no sabía qué le daba ella a cambio a la mujer, que, por otra parte, nunca le pedía nada. Que apenas le hablaba. No la besaba. No la acariciaba. No le pegaba. Todo estaba bien así.

Cuando la mujer quería decirle algo, gesticulaba delante de ella para llamar su atención. Eso le proporcionaba a la pequeña el tiempo necesario para reunir todo lo que había sacado del pañuelo, volver a ponerlo en el imaginario trozo de tela, anudar sus cuatro puntas y guardarlo de nuevo en el sitio más seguro de su sarnosa cabeza, en el recoveco más secreto, hasta la próxima vez que fuera a cogerlo para hacer inventario de su vida perdida. Luego se quitaba las bolitas de cera y volvía al mundo.

¿Cómo había acabado en casa de la mujer? El pañuelo no contenía nada sobre esa cuestión. Puede que unas cuantas imágenes que no conseguía ensamblar con el resto tuvieran algo que ver con eso. Un hombre al que no conoce tiene a su hermano pequeño en los brazos y a ella, cogida de la mano, en una calle que no es su calle. Un camión que hace un ruido de gran insecto, en el que ella sueña, duerme, se despierta y se vuelve a dormir, apretujada entre espaldas, vientres, piernas, pies... Un soldado que la baja del camión, la deja en el suelo,

le sonríe, le dice que se llama Viktor, la coge de la mano y la lleva hasta el borde de un gran agujero excavado en la tierra, ante el que ya hay otras personas esperando. Ruidos secos y gritos; luego, la noche. Un sueño intermitente en una gran cama en la que las mantas y las sábanas han sido sustituidas por cuerpos de hombres y mujeres que la rodean por todas partes, que no se mueven, que no la asfixian y que le dan su calor largo rato mientras del cielo gris cae una nieve fría, y de entre los que acaba saliendo, tras apartar brazos, piernas y caras con los ojos cerrados, procurando no despertarlos. Una carretera, por la que avanza tiritando, porque está casi desnuda, una carretera por la que camina, y, mientras camina, todos los cabellos se le caen uno tras otro. Y, por fin, en algún sitio, la cara de una mujer, que está inclinada sobre ella, la mira y le habla, aunque los sonidos aún no le llegan. Una mujer que, de pronto, se yergue, se quita el abrigo, la envuelve en él y se la lleva, como si fuera un paquete.

Y esa mujer es la mujer.

Pero todo eso ¿fue en el sueño o en la realidad? La pequeña nunca sabía si meter esos pedazos en el pañuelo o arrojarlos lejos de él.

Cuando la mujer iba al pueblo, casi siempre era para limpiar la cruz de madera del montículo de tierra que se alzaba frente a la iglesia, poner una flor al pie de la cruz y murmurar unas palabras. La pequeña esperaba. Alzaba la cabeza y miraba lo que quedaba del edificio, una esquina de piedra, en la que una viga derrumbada seguía sosteniendo las campanas, que se habían derretido y fundido entre sí.

El tejado había desaparecido. Según el día, la lluvia y la luz caían de forma similar sobre las losas de piedra, lo que quedaba de los bancos y las estatuas de los santos, derribadas de sus pedestales y partidas en pedazos de distintos tamaños, que a nadie se le había ocurrido recoger. A veces la pequeña entraba en la nave y se tumbaba en el suelo cuan larga era para tener la cara al mismo nivel que la cabeza decapitada de una Virgen de escayola pintada de rosa y oro. Sus ojos se perdían en los risueños ojos de la madre de Cristo.

Un día la mujer tuvo que entrar en la iglesia a buscarla, porque aunque la había llamado desde fuera para que volviera con ella a la granja, la pequeña siguió tumbada en el suelo. La encontró abrazada a

la cabeza sin cuerpo. Le dio unos golpecitos en el hombro, porque llevaba las bolitas de cera en los oídos, pero la pequeña no se levantó. Seguía apretando la cabeza de la Virgen contra su cuerpo. La mujer comprendió que la niña podía continuar así durante horas, incluso pasar allí la noche. Fue a buscar la carretilla y le hizo entender que podía meter en ella la cabeza de escayola y llevársela a la granja.

Regresaron juntas, la mujer empujando la carretilla y la pequeña, sentada dentro con las piernas cruzadas y la cabeza de la Virgen en el regazo. La colocó en la cama, no entre la mujer y ella, sino en el otro lado de su almohada. A veces, durante la noche, la luz de la luna conseguía filtrarse por los intersticios de la contraventana. Entonces los ojos de la Virgen le sonreían, y la pequeña dejaba que sus dedos se deslizaran por la frente, la nariz y la boca pintada. Al final se quedaba dormida acariciándola, y por la mañana la mujer la encontraba apretando contra su pecho el gran rostro frío con el cuello roto.

Cuando llegó el periodo más caluroso del verano, la pequeña empezó a pasar fuera todo el día. La mujer no intentaba retenerla. La niña había descubierto el río y una zona cenagosa de la orilla, un poco apartada del pueblo, en cuyo negro y denso fango crecían grandes cañas que se alzaban hacia el cielo.

El agua fluía a dos pasos, lenta y espesa. La pequeña se quitaba el vestido, lo dejaba sobre la hierba y, completamente desnuda, chapoteaba en el lodo durante horas, sin cansarse nunca de los ruidos de succión de la sustancia pegajosa. Hundía en ella las manos, los brazos enteros, los pies y las piernas hasta las rodillas. Ver desaparecer de ese modo partes enteras de su cuerpo le parecía mágico.

El limo se secaba sobre su piel hasta formar una costra negra. Con el paso de las horas, el caparazón se agrietaba y ella se transformaba en una criatura escapada del mundo primigenio. Cuando se olisqueaba, como había visto hacer a los perros, percibía un olor fuerte, salino, terroso, el del antiguo légamo de las profundidades. Luego el sol convertía el barro en polvo, que la pequeña se sacudía con los dedos y el viento se llevaba volando.

Se lamía la piel cubierta de fango, como un caballo se lame el pelaje lleno de espuma después de una galopada. Sabía salado. Sabía bien. La

pequeña se tragaba la saliva mezclada con barro. Sentía cómo se depositaban en su cuerpo los granos negros de pesada arcilla, arrastrados por las corrientes y entre los que una multitud invisible de criaturas de agua dulce había muerto y se había podrido y descompuesto lentamente hasta confundirse con la materia. Ella misma se transformaba en animal. Mucho más grande que su sombra, custodiada por las cañas. Más frágil que las fochas y las gallinetas, que apenas rozaban el suelo húmedo y dejaban en él la huella de sus patas ingrávidas.

A veces conseguía atrapar un pez, o una rana enredada en los rizomas de los lirios y los carrizos. Apretaba al pequeño animal entre las manos largo rato, hasta que ya no notaba sus movimientos. Miraba sus ojos en busca de manchitas doradas, que se desvanecían rápidamente, mientras el animal se dormía en la muerte. Luego dejaba el cadáver en la corriente, que unas veces lo arrastraba a flor de agua y, otras se lo tragaba enseguida en su panza. La pequeña no veía en eso ningún significado ni ninguna moraleja. No se sentía culpable de nada. Vivía el instante, la luz polvorienta, el viento, el fango, el sabor del berro que convertía en espeso jugo en su boca. Vivía todo eso durante horas.

Cuando el sol se acercaba al horizonte, volvía a la granja, negra y maloliente, salvajemente desnuda, con la ropa limpia en la mano. La mujer no decía nada. Sacaba el barreño al patio. La pequeña se metía en él. La mujer le vertía encima dos cubos de agua tibia y le daba la pastilla de jabón, el cepillo y la toalla. A veces la pequeña se dormía en el baño, agotada, ahíta de viento, de sol y de luz. Entonces la mujer la sacaba del agua, la secaba, la levantaba en vilo como si fuera un cesto de ropa y la llevaba a la cama.

La pequeña notaba que la mujer la movía, y de pronto la frontera que separaba el sueño y la realidad se difuminaba. Mantenía los párpados cerrados. Las manos de la mujer se convertían en las manos de su madre. Bajo su piel nacía una sonrisa, pero se quedaba ahí, nunca la atravesaba para asomar a los labios y los ojos. En esos instantes había en su interior movimientos que nacían y morían, esbozos de ideas y de sentimientos, una confusión cálida y dulce como

la miel. Todo eso, esa sensación, que le habría gustado conservar eternamente, se le escapaba y acababa diluyéndose en una bruma decepcionante. Aún no había conseguido tejer un pañuelo lo bastante fino para retenerla, como no había conseguido hacer un tamiz para separar el polvillo de oro del polvo. Luego llegaba la noche cargada de fatiga, y la nada en la que se hundía, y que todavía conservaba, como un débil eco, un poco del sabor a lodo y verano.

Habría podido creerse que la pequeña era un fantasma que, según los días o las horas, olía a jabón, estiércol de cerdo, cieno o manzana, alfalfa, pescado, mierda, leche, frambuesa aplastada o la charca. La habían visto comiendo lombrices, orugas, mariposas o saltamontes, devorando huevos de mirlo, bajo cuya cáscara azul pálido algo parecido a un pajarillo sin plumas dormía con los párpados pegados.

Vivía al lado de la mujer y la mujer vivía al lado de ella. Compartían el techo, la comida, la cama, el paso del tiempo, el paisaje... La guerra, que es la encarnación más vulgar del azar, las había hecho rodar la una hacia la otra.

A veces la pequeña observaba a la mujer a escondidas. La estudiaba. Luego intentaba dibujarla sin lápiz ni pinturas, en su cerebro. Y al acabar ponía ese dibujo sobre el de su madre, que conservaba en lo más profundo de sí misma.

Las dos líneas se confundían en algunos sitios, mientras que en otros divergían como caminos que se bifurcan. Allí donde los rostros coincidían, la pequeña constataba que el de la mujer pesaba mucho sobre el de su madre, lo comprimía hasta borrarlo. Con el paso de las semanas el rostro de su madre parecía disolverse, mientras que su voz permanecía intacta y clara en el pañuelo desanudado, lo mismo que la voz de su padre, y también su rostro, porque ningún otro rostro de hombre lo aplastaba.

En los momentos en los que se daba cuenta de la desaparición progresiva de las facciones de su madre, la pequeña corría a la habitación, se metía en la cama y se abrazaba a la cabeza de escayola de la Virgen. La Virgen siempre le sonreía con sus ojos azules. La pequeña posaba un dedo en los labios de la estatua. Pero eran duros y estaban cerrados. Los besos que depositaba en ellos morían de

inmediato.

El pañuelo doblado y guardado en su cerebro contenía muchas cosas, pero eran cosas que ya no se movían, como prendas de ropa que han perdido los cuerpos que las habitaban y conservan un poco la forma y los olores, pero apenas. Todo lo que la pequeña preservaba en el pañuelo evocaba lo que había ocurrido entonces y allí. Pero ese allí ya no estaba. Sólo había el aquí.

Hacia mediados de agosto dejó de ir al río. Pero seguía marchándose por la mañana y volviendo al atardecer, con la piel cubierta, no de una costra quebradiza, sino de un polvo rubio, el de la tierra seca de las rastrojeras, el de la paja cenicienta, al que le gusta esconderse en el interior del codo, en los pliegues del cuello y las ingles, en la cara interior de los muslos, en las aletas de la nariz. Ya no apestaba. Olía a aire y barro, a matorral, tormenta y sudor acre. Parecía un fauno hembra. El sol le había bronceado la cabeza pelada y su cara llena de costuras tenía el aspecto de un pan demasiado cocido. En medio del rostro, sus ojos parecían aún más negros.

Todas sus caminatas tenían un único objetivo: dibujar el lugar en su interior, poner las cosas donde estaban, árboles, campos, bosque, granjas, lechos de arroyo, charcas, manantiales, ciénagas, huertos, puentes, molinos... Olvidar el pañuelo y trazar un mapa que lo volviera inútil.

Cuando descubrió la fábrica, situada muy lejos del pueblo, en los lindes del espacio que podía recorrer en una jornada, dio vueltas a su alrededor durante mucho tiempo antes de atreverse a entrar. La detenía un ruido de monstruo que escapaba del edificio, rodeado por dos altas alambradas, cuya parte central había sido derribada y destrozada. Todo estaba desierto. La puerta principal permanecía abierta, y una queja mitad súplica, mitad furia exhausta escapaba de ella, junto con una tenue humareda chispeante que olía a metal, aceite de motor y goma quemada.

Entró, y quedó impresionada por la belleza de las formas que se alzaban del suelo a intervalos regulares. Consistían en coronas de vidrio apiladas unas sobre otras que se repetían de forma idéntica por todo el interior del edificio y estaban unidas entre sí por una especie

de cuerdas trenzadas de un material negro. Algunas seguían humeando un poco, crepitaban y de vez en cuando soltaban un escupitajo de luz, que caía al suelo en una lluvia de brasas azules. Cuando nacían y morían, esas crepitaciones ácidas ahogaban el rumor continuo, bastante grave, que emitía un cubo de hormigón en el que se juntaban todas las cuerdas procedentes de las instalaciones de cristal.

Cerca de una de las coronas de vidrio había una forma negra tendida en el suelo, que la pequeña observó largo rato, hasta acabar distinguiendo, en lo que había tomado por un gran trozo de madera quemada, el cuerpo de un hombre.

El descubrimiento no la asustó, porque ahora el cadáver, al que le faltaba la mitad de la cabeza y cuyas extremidades, a falta de pies y manos, acababan en muñones negruzcos y redondeados, se parecía poco a un ser humano. Estaba ligeramente ovillado. Tenía lo que quedaba de su brazo izquierdo extendido hacia la corona de vidrio y, entre ella y el cuerpo, había una larga barra de hierro, que parecía indicar que el hombre había intentado hacer algo, y la pequeña, pese a su corta edad, comprendió que debía de haber una relación entre la muerte del hombre, la barra de hierro, la corona de vidrio y las cuerdas negras que crepitaban y resplandecían de forma intermitente.

En la geografía que había estado cartografiando durante días, el cadáver carbonizado se convirtió para ella en el límite extremo del país de aquí, y la fábrica en una especie de puesto fronterizo habitado por un aduanero muerto que había intentado lo imposible y cuya mera presencia bastaba para que los eventuales viajeros desistieran de seguir adelante, tanto en un sentido como en otro. Volvió a visitarlo todos los días, hasta que empezaron a caer las frías lluvias del otoño. Entraba en el edificio, se sentaba cerca de él y escrutaba cada parte de la negra forma, como si quisiera grabar en su interior su dibujo exacto. A veces los escupitajos de chispas la alcanzaban, pero no sentía la menor quemazón, apenas un picoteo, que cesaba en cuanto aquellas falsas luciérnagas se apagaban.

En compañía del enigmático muerto, se dio cuenta de que se estaba olvidando del pañuelo y de lo que había en su interior, de los vestigios

de los suyos y del dolor derivado de la presencia de esos vestigios, de su preservación y su desaparición.

Por la noche, en la granja, cuando la mujer, después de lavarla, le servía la sopa, el cuerpo reseco y negro del hombre estaba entre ambas. La pequeña cogía un plato del aparador, lo ponía junto al suyo y echaba un poco de sopa en él, para el muerto. La mujer la dejaba hacer sin preguntarle nada. La pequeña se dirigía al cadáver. Le hablaba de la mujer, la vaca, las ranas y el lodo, del sabor de los saltamontes, de la Virgen y sus ojos, que nunca se cerraban, y de muchas otras cosas que no estaban en el pañuelo, que no hacía falta que estuvieran en él, porque la pequeña las había vivido o descubierto después de llegar al país de aquí, en ausencia de su padre y de su madre.

El hombre muerto, que ya no parecía un hombre, no podía oír lo que la pequeña quería decirle. Y como en su cráneo quemado, tan parecido a un gran trozo de carbón vegetal, ya no se distinguían las orejas, la pequeña ni siquiera tenía que pronunciar las palabras en voz alta. No habría servido de nada. Las decía dentro de su cabeza.

Eso le bastaba.

Estaba segura de que el hombre podía cogerlas, oírlas y utilizarlas para seguir viviendo en su muerte a través de ella.

Al lector

Los textos reunidos aquí fueron escritos entre 2016 y 2020.

Gnadentod es una ucronía que apareció en una obra colectiva, *L'Avant-garde perdue*, cuyo impulsor, en 2017, fue Nicolas Ehler, director del Goethe-Institut de Nancy.

Se trata, por supuesto, de una obra de ficción. No obstante, aunque todo es inventado, en lo que respecta a la Aktion T4 y su protocolo de ejecución, nada es falso. La carta de Hitler fechada el 1 de septiembre de 1939 es real, y fue esa orden la que puso en marcha la operación de exterminio de los enfermos mentales.

El término *Gnadentod* —«muerte piadosa»— que da título al texto es el mismo que empleó Hitler. Los informes y las cartas de los distintos médicos implicados en el proceso de evaluación y decisión son ficticios, pero se parecen a documentos existentes.

Por otra parte, me permito citar los nombres de Viktoria Charles y Wilfried F. Schoeller, que realmente han escrito libros sobre Franz Marc. Les atribuyo palabras, tomas de posición y acciones que, evidentemente, no son suyas. Les ruego que me disculpen por no haberles pedido permiso y que en el hecho de haberlos usado como personajes no vean mala voluntad, sino, muy al contrario, un homenaje a su obra (Viktoria Charles, *Franz Marc*, www.parkstone-international.com, 2013; Wilfried F. Schoeller, *Franz Marc*, Múnich, Carl Hanser, 2016).

La casa de subastas Tajan y los periódicos y revistas que cito nunca han tenido el papel que les adjudico ni publicado los artículos y entrevistas que he inventado.

Sex und Linden fue escrito para el proyecto «Haydn 2032», que ofrece todos los años una serie de conciertos de las obras del compositor y de grabaciones con relación a los cuales se invita a un escritor a imaginar

una historia.

Ein Mann, *Irma Grese* y *Die Kleine* son inéditos.

Aunque se redactaron en momentos y circunstancias diversos, todos estos textos se articulan alrededor de temas que son importantes para mí desde hace mucho tiempo: en primer lugar, la incongruencia de la historia y de los papeles que los seres humanos desempeñan en ella, o más bien creen desempeñar. También la idea de pueblo, nación o grupo humano, sobre la que albergo las mayores reticencias, pues más bien veo a cada individuo como un grano de arena en el interior de un gran montículo —compacto o quebradizo según el momento— al que una paletada puede hacer ocupar un lugar que ni siquiera había imaginado. Igualmente, el tema de la culpabilidad, que aquí no hay que entender en el sentido moral ni considerar contemporánea de la acción: más bien, habría que verla como el resultado de una decantación del presente en el pasado y en la que la historia asienta sus fundamentos y sus creencias. Por último, el tema de la memoria —consustancial al acto de la escritura y al de la lectura—, tanto si nos referimos a la memoria individual, cuyo funcionamiento es, para mí, uno de los mayores misterios humanos, como a la colectiva, que a veces se convierte en un peso insoportable sobre la vida del grupo que la crea y la sufre, o por el contrario parece vaciarse de su materia dolorosa e incómoda al punto de actuar a la vez como una cortina de humo y como un cómodo narcótico.

Cuando reuní estos textos y me los puse delante, como pueden colocarse las cartas de una baraja, me sorprendieron los ecos que los relacionaban. Así que volví a trabajar en ellos más o menos a fondo para reforzar los vínculos que los emparentan. Me pareció que formaban un verdadero libro, una especie de novela, que presenta lagunas de forma deliberada y en el que se invita al lector a llenarlas y, por tanto, a convertirse él mismo en autor.

Todos relatan fragmentos de vidas en un mismo siglo y una misma

geografía, y en cada uno de ellos descubrimos poco a poco resonancias que, en virtud del azar o las coincidencias, lo relacionan con los demás somera o profundamente.

Todos crean espacios de incertidumbre, simbolizados por el personaje de Viktor: si a lo largo de los relatos algunos elementos nos inducen a creer que se trata del mismo hombre, otros nos sugieren lo contrario. Entonces ¿qué hay de su verdad? ¿Qué hay, más allá de él, de cualquier verdad? Me pareció una metáfora de nuestras vidas, que creemos conocer, pero que tan mal controlamos y que pueden adquirir visos diversos, según el ángulo desde el que las iluminemos.

Si la Alemania del siglo XX sirve de marco a este libro, se debe, por una parte, a que los temas que he enumerado más arriba no han encontrado su encarnación trágica en tan alto grado en ningún otro sitio. Y, por otra, a que, habiendo vivido desde la infancia en la vecindad de ese país, he desarrollado una relación de atracción y de temor con sus paisajes, su cultura, su lengua y su historia que no tengo con ningún otro lugar del mundo. Alemania siempre ha sido para mí un espejo en el que me veo, no tal como soy, sino tal como habría podido ser. En ese sentido, me ha enseñado mucho sobre mí mismo.

Acabaré diciendo que el término «fantasía», presente en el título, debe entenderse en su acepción musical y poética, que, como es sabido, designa una obra en la que domina la subjetividad del autor y que se aparta del respeto a las reglas estrictas de composición o armonía.

PHILIPPE CLAUDEL,
marzo de 2020

Una historia oscura y cautivadora sobre Alemania, las dos guerras mundiales y las heridas del nazismo a través de cinco relatos relacionados entre sí de gran virtuosismo y belleza

Considerado uno de los mejores novelistas franceses de su generación, Philippe Claudel prosigue en *Fantasía alemana* la indagación de los recodos más sombríos y los complejos mecanismos que guían a los seres humanos iniciada en *Almas grises* y *El informe de Brodeck*. En este caso, a través de cinco relatos relacionados entre sí que componen una narración personal, oscura y descarnada, sobre Alemania, las dos guerras mundiales y la posguerra.

Fascinado por Alemania y los fantasmas del siglo XX que aún pueblan la realidad, Claudel nos ofrece, a través de unos escenarios misteriosos y el retrato profundo y áspero de los personajes, un libro inquietante, de gran virtuosismo y belleza, que es también una reflexión sobre las dolorosas heridas del nazismo y el lugar del hombre ante el horror.

Reseñas:
«La Alemania del siglo XX sirve de escenario para los cinco relatos de este volumen. [...] Ambientados en distintas épocas, comparten en

particular algunos temas como los sueños y la memoria, y el destino individual unido brutalmente al colectivo cuando el hombre ya no controla nada».
Télerama

«Una intrigante galería narrativa en la que todos los personajes acarrean huellas, cicatrices o estigmas de una violencia apenas consciente. [...] Toda Alemania aparece aquí casi como un territorio imaginario, similar al Yoknapatawpha de Faulkner llevado a la escala de Europa y el siglo XX».
Le Monde

«Un gran baile entre la gran Historia y las historias íntimas, las grandes guerras y las guerras interiores. [...] Los personajes van y vienen como un sueño, o como una especie de pesadilla, hasta que encuentran su destino».
Le Journal de Québec

Philippe Claudel (Nancy, 1962) ha sido docente y guionista de cine y televisión. Durante su época de maestro dio clases en liceos y en la Universidad de Nancy II, donde fue profesor de Antropología Cultural y Literatura. En su tiempo libre también impartió clases a niños discapacitados y a presos.

Gran admirador de Simenon y del Jean Giono de la posguerra, publicó su primer libro, *Meuse l'oubli*, cuando tenía treinta y siete años. Sus novelas y libros de relatos han sido galardonados en varias ocasiones: la novela *J'abandonne* recibió el premio Francia Televisión 2000, el libro de relatos *Petites mécaniques* obtuvo el premio Bourse Goncourt de la Nouvelle 2003 y *Almas grises*, su quinta novela (publicada por Salamandra), fue galardonada con el prestigioso premio Renaudot.

Título original: *Fantaisie allemande*

Primera edición: abril de 2023

© 2020, Éditions Stock
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, José Antonio Soriano Marco, por la traducción

Imagen de portada: © Lucille Clerc

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: ISBN: 978-84-18968-90-7

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] «¡La bandera alta, prietas las filas, la SA marcha con paso tranquilo y firme!» Versos del *Horst-Wessel Lied*, que fue el himno de las SA y, más tarde, del Partido Nazi.

Índice

Fantasía alemana

Ein Mann

Sex und Linden

Irma Grese

Gnadentod

Die Kleine

Al lector

Sobre este libro

Sobre Philippe Claudel

Créditos

Notas